VÍCTOR SEDACA



NO HAY OTRO FUNDAMENTO

Al distinguido caballero Cristiano, Dr. John Mackay, vaya esta muestra de nuestras actividades semi-clandestinas de España.

Con afecto sincero

Víctor Sedaca

Barcelona, 22 Agosto 1951.

J. B. de Publicaciones.

NO HAY OTRO FUNDAMENTO

VICTOR SEDACA

NO HAY OTRO FUNDAMENTO

El discutido apostolado de Pedro en Roma, a la luz de las Escrituras y de la temprana tradición

•



JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

DOS PALABRAS

El presente opúsculo que sale a la luz y a la consideración de nuestro pueblo Evangélico en general, tiene como principal finalidad avivar el interés sobre un tema que vuelve a recobrar palpitante actualidad. Fué escrito bajo las especiales circunstancias religiosas de España, de todos conocidas, mientras las campanas en son triunfante anunciaban el nuevo gran descubrimiento, que como broche de oro cerraba las actividades espirituales del Año Santo Romano.

El autor confiesa que halló un gran estímulo personal y aliento inestimable, a medida que iba hojeando de nuevo el Libro de los Libros en busca

de evidencias históricas verdaderas, y también mientras consultaba a autoridades en la materia, quienes con maestría ejemplar han ido desentrañando paso a paso, el contenido precioso escondido en las vetas de la historia seria e imparcial de la Iglesia Cristiana.

Esto mismo deseo para todos los lectores de este humilde trabajo, más un sentido bendito de seguridad y de firmeza, en tiempos cuando los cambios, las novedades dogmáticas y los «descubrimientos milagrosos» parecen reducir el precio de la verdad y de la historia.

Ruego a Dios que utilice para sus fines este librito, pasando por alto sus muchos defectos.

EL AUTOR

España, julio de 1951.

INTRODUCCIÓN

A raíz de recientes declaraciones provenientes de la Capital del Catolicismo, afirmando que profundas investigaciones habían arrojado el resultado del feliz hallazgo de la tumba del apóstol Pedro, justamente debajo del Altar Mayor de la Basílica que lleva su nombre en el Vaticano, hará que la clásica controversia Católico-Protestante, sobre el tema de las actividades de Pedro en Roma, recobre actualidad. Las posturas de los grupos en juego, han sido las mismas desde hace varios siglos. El Catolicismo inmovible en su posición de sacar todo el partido posible de una temprana tradición y un gran sector de los Evangélicos, no admitiendo más de lo que el Nuevo Testamento refiere sobre el asunto.

El temor del protestantismo y su recelo en todo

este asunto, trae un justificante histórico. Cuando de su punto de vista piensa en el hecho de que Pedro haya estado en Roma o no, siente sobre sí el peso de muchos siglos de interpretación intencionadamente parcial de la vida, labor y martirio del apóstol Pedro. Por eso prefiere defenderse acudiendo a la fortaleza inexpugnable que le ofrece la evidencia Neotestamentaria. Cree que ceder en un punto, tan sólo, sería admitir todo lo demás: que Pedro fué el fundador de la Iglesia de Roma, que por veinticinco años fué su obispo, que no sólo fué obispo de Roma, sino de todas las Iglesias de la Cristiandad así oriental como occidental, que dejó sucesor como cabeza de toda la Iglesia y que sufrió el martirio bajo la persecución de Nerón en el año 67 ó 68. Por ello, el protestante se siente reacio a admitir, el primer paso, esto es, que Pedro haya estado alguna vez en Roma, para destruír los pasos sucesivos dados en falso por la Iglesia.

La posición del Catolicismo, por su parte, es la misma de siempre. Cree encontrar en las palabras de Jesús en el Evangelio la evidencia Escritural en apoyo de toda la serie de proposiciones a que corriendo el tiempo había de arribar. Si el Señor Jesucristo realmente dió al apóstol Pedro el privilegio especial de ser la única piedra sobre la que

descansa la Iglesia Cristiana; si el Señor Jesucristo ha dado al apóstol Pedro el privilegio de perdonar pecados (atar y desatar) y si por último es cierto que Jesús ordenó al apóstol Pedro y a él solamente que apacentase su grey en todo el Universo, entonces era necesario, a fin de cumplir eficazmente, tanta labor pastoral que haya ido a Roma, que haya sido el primer Obispo Papa, de la Iglesia, que haya estado por un período de veinticinco años ejerciendo tal oficio, que haya dejado sucesor con potestad a su vez de transmitir tal privilegio a los que vinieren detrás, y por fin que haya sufrido el martirio allí.

Si bien en un principio el asunto tuvo más importancia histórica que doctrinal, con el tiempo ha llegado a pesar poderosamente en la formación subsecuente de la doctrina de la Iglesia Católica, y a ciencia cierta nadie sabe cuándo y dónde tendrá fin. La pequeña bola de nieve ha estado rodando durante dos mil años y hoy inmensamente agrandada, resulta imposible detenerla.

Nada parece resolver el asunto: el protestante sigue inconmovible en su postura de no reconocer a la tradición como juez de la contienda. El católico romano, continúa ignorando, casi en absoluto las evidencias Neotestamentarias y su valor en la dilucidación del problema. No hay porqué dejar

de reconocer el valor de la tradición honesta y enfrentarla con los hechos del Nuevo Testamento. Tampoco el católico romano debe temer a los hechos que el Nuevo Testamento presenta y noblemente rechazar todo aquello que se ha levantado como vegetación saprófita a su sombra.

Los capítulos subsecuentes presentarán el problema, desde su misma raíz, es decir comenzando con las palabras que pronunciara Jesús, en donde el apóstol Pedro parece tener algún privilegio especial sobre los demás componentes del grupo, y aun sobre el mismo apóstol Pablo, para luego seguir desde allí las consecuencias históricas y dogmáticas derivadas.

CAPÍTULO I

PASAJES CLAVES

EL presunto apostolado universal ejercido por el apóstol Pedro en Roma, no es sino una derivación necesaria, una especie de subproducto del material que se encuentra en los pasajes Bíblicos del Evangelio de San Mateo, capítulo 16 y versículos 16 hasta el 19; del pasaje del Evangelio de San Juan, capítulo 21 y versos 15 al 19; y por último del pasaje del Evangelio de Lucas, capítulo 22 y versos 31 y 32.

Lejos de consultar a los intérpretes eminentes de las Escrituras para comprender el verdadero significado de estas palabras, tal vez resulte de más utilidad para lo que nos proponemos, conocer cuál fué la actitud de quienes indefectiblemente debieran de haber entendido las palabras

de Jesús en la más correcta forma. Es decir, en este capítulo nos ocuparemos de penetrar psicológicamente en el espíritu y mentalidad de aquéllos a quienes concernía el asunto más de cerca. Una cosa es cierta: que aun cuando todos hubiesen malentendido las palabras de Jesús, el apóstol Pedro y los demás discípulos las entendieron bien. Estos pasajes no son proféticos, ni de oscura significación. Por otra parte la aplicación y alcance de tales palabras no tienen carácter de trascendentes ni aplicables a períodos posteriores. Nos interesaría saber entonces: ¿Cuál fué la actitud en primer lugar del apóstol Pedro una vez que escuchó a Jesús las palabras del caso? ¿Cuál fué la actitud y cómo las entendieron los demás discípulos, que estaban presentes cuando Jesús las pronunció? ¿Cuál fué el sentir del apóstol Pablo sobre el asunto? y por último, ¿cuál fué el sentir de la tradición más temprana y seria?

1. *La actitud de Pedro.*

En el caso del pasaje de San Mateo 16, el apóstol Pedro acababa de hacer una de las más decisivas confesiones de fe, al responder en nombre de todos a Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». El Señor entonces le contestó que

era bienaventurado porque no se lo había revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Vers. 17. Dirigiéndose a él continúa el Señor diciéndole: «Mas Yo también te digo, que tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos y todo lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.» Vers. 18 y 19.

Luego de estas palabras de Jesús a Pedro, nuestro interés por seguir de cerca al apóstol a fin de ver su futura reacción, se agranda y acrecienta. Nuestro espíritu se pregunta: ¿en qué sentido entendió Pedro estas palabras? Podríamos contestar a este interrogante dividiendo la vida de Pedro en dos etapas: a) desde este dicho hasta la resurrección de Jesús; b) desde la resurrección de Jesús hasta el fin de los escritos Neotestamentarios.

Cualquier lector imparcial del Nuevo Testamento notará sin duda alguna, que las Palabras de Jesús no produjeron reacción o cambio de ninguna clase, no sólo en su situación frente a los demás apóstoles, sino tampoco en su carácter. Nada cambió en Pedro; su trato hacia los demás discípulos fué exactamente el mismo que antes

de oír tal afirmación del Maestro. Al contrario, no es sino con sugestiva amargura que leemos inmediatamente después de esta victoria de Pedro, su decepcionante fracaso en comprender a Jesús. Dice el vers. 23: «Quítate de delante de mí, Satanás, me eres escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios sino las que son de los hombres.» Más adelante le encontramos cayendo más bajo que los demás discípulos cuando niega cobardemente por tres veces consecutivas a su Maestro. Durante el proceso y crucificción de Jesús, la Escritura afirma de Pedro «que le seguía de lejos». Una cosa es segura hasta aquí, y es que Pedro estaba haciendo un mal papel como la Cabeza única de la Iglesia naciente. ¿Se puede afirmar honestamente que, hasta la muerte de Cristo, Pedro tenía conocimiento de que era el Príncipe de los apóstoles y Cabeza de la Cristiandad? Si Pedro era en este período la piedra fundamental de la Iglesia, él no lo sabía. Si él como Jefe de los apóstoles tenía autoridad para desatar y atar, de cerrar y abrir a voluntad la puerta del reino de los cielos, también lo ignoraba. Pero ¿tuvo mayor lucidez el apóstol Pedro de su misión de Jefe de la Iglesia, después de la resurrección de Jesús en adelante? Es decir, en el comienzo de la organización y desarrollo de la primitiva Iglesia cristiana, justamen-

te en el momento crucial de la naciente Iglesia de Cristo, ¿tiene conciencia el apóstol Pedro de su calidad de primer Papa de toda la Cristiandad?

El momento cumbre de la carrera del apóstol Pedro lo constituye su experiencia en el día de Pentecostés. Allí se presenta como el campeón de la predicación agresiva e inspirada. Tiene a una multitud pendiente de su mensaje. Se muestra justamente grande porque se supo esconder detrás de su mensaje haciendo resaltar la personalidad y obra redentora de Jesús de Nazareth. Ésa hubiese sido sin duda una buena oportunidad para poner de manifiesto sus prerrogativas de Vicario de Cristo. Pero en ese memorable día, de la Iglesia cristiana naciente, Pedro no dice una palabra de su poder de absolver los pecados, ni de la silla y sede apostólica, ni de Roma, ni del Papado.

La historia de los Hechos continúa relatando parte de las actividades misioneras de Pedro, unas veces solo y otras en compañía de otros, hasta que con ansiedad llegamos a la narración de los detalles y resoluciones del Concilio de Jerusalem en el año 50. Los apóstoles más insignes están presentes. Es necesario resolver un problema de suma importancia, consistente en una tentativa por parte de algunos cristianos judíos, de minar los cimientos de la verdad Evangélica. Estos medio ju-

díos y medio cristianos pretendían agregar innovaciones al contenido purísimo del Evangelio. Es aquí donde Pedro, como principal de los apóstoles, debe dar su palabra dando por resuelto el asunto, como que era el absoluto gobernador de la Iglesia Cristiana Universal. Dice el texto bíblico que «habiendo habido grande contienda, Pedro se puso en pie y dijo... etc.» Pedro entonces relata cómo Dios abrió por su intermedio la puerta de la predicación a los gentiles, refiriéndose al caso de Cornelio, el Centurión Romano que fué convertido, cuyos detalles los da Lucas en el cap. 10 del libro de los Hechos. El apóstol Pedro no presentó ninguna solución ni propuso el remedio. Luego hablaron Pablo y Bernabé, demostrando cómo Dios había obrado maravillas por su intermedio entre los gentiles. El relato de la Biblia sigue diciendo que hubo un silencio, que al cabo de unos momentos rompió la voz de Santiago o Jacobo, sugiriendo una solución. Esta propuesta de Jacobo fué inmediatamente aceptada por todos, limitándose el texto a decir en el vers. 22: «Entonces pareció bien a los apóstoles (todos) y a los ancianos, con toda la Iglesia, elegir varones de entre ellos y enviarlos a Antioquia con Pablo y Bernabé.» No es necesario hacer un gran esfuerzo intelectual, ni recurrir a subterfugios de la hermenéu-

tica, como para darse cuenta que hasta el presente en la relación de los Hechos, Pedro no se consideraba a sí mismo un ápice más que los demás apóstoles y si en este concilio de Jerusalem alguien sobresale, ése es Jacobo, quien a la sazón era la persona de más influencia de la Iglesia primitiva, tal vez por su parentesco con el Señor Jesús. Desde entonces el apóstol Pedro no se menciona más en el libro de los Hechos de los apóstoles. Su figura comienza a desaparecer para que pueda emerger con toda grandiosidad de apóstol y mártir la figura del gran San Pablo.

Poco tiempo antes de su muerte, Pedro escribe dos epístolas — una de ellas de discutida autenticidad — cuyo contenido, lectores y destino, la confinan a un pueblo: «los esparcidos judíos en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia». Es muy posible que las iglesias de Roma, Corinto, Efeso, Tesalónica, Laodicea y Filipos, desconociesen esta carta, ya que era el apóstol Pablo que tenía sobre sí la responsabilidad de estas iglesias de importancia.

En estas epístolas el apóstol Pedro desconoce su calidad de Papa Universal de la cristiandad, y se presenta asimismo como «un anciano juntamente con vosotros». (I Pedro, 5, 1.) Todavía más: en su segunda epístola hace un reconocimiento de su

inferioridad frente a la persona de Pablo, cuando dice en el vers. 15: «Y tened por salud la paciencia del Señor, como también nuestro amado hermano Pablo, os ha escrito según la sabiduría que le ha sido dada.» Podremos bien concluir que las palabras de Jesús dirigidas en las ocasiones antedichas, pero muy especialmente las más importantes, de San Mateo 16: 16-19, no obraron sobre el apóstol Pedro ninguna virtud de superioridad sobre los demás ni antes de la resurrección de Jesús, ni tampoco después. Su actitud frente a estas palabras de Jesús fué de humilde sumisión a la voluntad y Espíritu de Dios. Ignoraba él mismo toda autoridad, o supremacía. Esto es por demás sugestivo; podría por sí solo resolver toda la controversia Petrina.

2. *La actitud de los demás apóstoles*

Cuando Jesús pronunció las palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia», estaban presentes todos los apóstoles. Los cuatro Evangelistas, incluso Marcos, de quien se dice que escribió su Evangelio bajo la influencia de Pedro, no ponen en la boca de los demás discípulos ni una sola palabra que denote haber entendido que Pedro sería desde ese instante su superior. Los

vemos participar juntos de todas las experiencias al lado de su Maestro. Si se suscitaba alguna disputa familiar, no encontramos que sea Pedro quien con su autoridad imponga el orden. En la última Cena no es Pedro, sino Juan quien formula a Jesús la pregunta que disiparía una muy seria duda que existía en el corazón de los once.

Parece que los once confiaban en las gestiones de Juan más bien que en las de Pedro. A los ojos de los discípulos, era Juan quien podría hablar en el nombre de todos en aquellos difíciles momentos, llenos de emoción, de la Santa Cena.

En las cruciales horas de la crucificción de Jesús es Juan quien acompaña a su Maestro. No se ve a Pedro, alentando la fe de los demás, ni estimulando sus espíritus entristecidos por las amargas experiencias de la muerte de Cristo. Pedro se limitó a seguir a Jesús de lejos. Es Juan quien está al pie de la Cruz. De Pedro no se sabe nada. En el éxtasis espiritual de los días de la resurrección, todas las experiencias que Pedro tiene las comparte con algún discípulo, especialmente con Juan. Al terminar el relato de los Evangelios no se percibe aún ninguna supremacía reconocida por los once. No parece afluir del texto nada semejante. Habría que forzar los pasajes hasta el absurdo, para otorgar al apóstol Pedro alguna supe-

rioridad confesada, ya sea por las palabras o las actitudes por parte de los demás discípulos de Jesús.

Entramos en el libro de los Hechos, donde no se sigue la historia de todos los apóstoles, sino más bien en los principales: Jacobo, Pedro y Juan. Los demás apóstoles no se mencionan, quizá porque se hallarían en trabajos misioneros en otros lugares. Debemos por lo tanto limitarnos a establecer cuál fué la actitud de las «columnas» Jacobo y Juan con relación a la pretendida superioridad de Pedro sobre ellos. Hasta la muerte de Jacobo, ocurrida por la persecución de Herodes, y relatada por Lucas en el capítulo 12 de los Hechos, no encontramos por parte del gran mártir Jacobo ninguna señal de reconocimiento de prerrogativas hacia Pedro. En cuanto a Juan, se sabe que participó de algunas experiencias con Pedro, como, por ejemplo, en la sanidad del cojo echado a la puerta del templo, en el cap. 3 del mismo libro de Lucas. Este mismo apóstol escribe al fin de su carrera cinco libros: un Evangelio, tres epístolas y el Apocalipsis. Todos estos escritos datan del año 95 en adelante. No hay en ellos ninguna alusión a nada que se parezca a una autoridad de Pedro sobre la Iglesia o sobre los demás apóstoles. Juan desconoce toda autoridad de Pedro, y

tanto en sus cartas como en el Apocalipsis actúa independientemente de él. Aun cuando Pedro para la fecha en que Juan escribe sus libros ya hacía tal vez alrededor de 30 años que había sido muerto, Juan al escribir a las iglesias ignora cualquier episcopado de Pedro en Roma o sucesión apostólica, ni siquiera parece conocer los detalles de su muerte, si bien conocía la profecía que Cristo había pronunciado al respecto.

Resulta cansador el continuar acumulando testimonios de que los discípulos de Jesús que estaban presentes en el momento de pronunciar Él las Palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia», no entendieron ni mostraron por su posterior actitud ningún reconocimiento de supremacía de Pedro sobre ellos; por la historia de la Iglesia según el libro de los Hechos, ellos obraron y vivieron independientemente de él, desconociendo cualquier pretendida autoridad.

3. *La actitud del apóstol Pablo*

Cuando se colocan frente a frente a Pedro y a Pablo, se comienza a pisar sobre terreno harto comprometedor para la teoría de cualquier supremacía de Pedro. Estas vidas paralelas dejan en evidencia la existencia de una indisoluble unidad

de propósitos, de vida, de visión de abnegación de sacrificio y de martirio. Se diría que por distintos caminos llegan al mismo fin, es decir, se encuentran sobre el altar del mismo sacrificio por la Causa común. Pero hay rasgos distintivos que nos permiten hacer un análisis de estos dos paladines de la verdad. Pedro era el apóstol llamado a ministrar a un pueblo, los judíos. Es por lo tanto localista, nacionalista y de visión no tan extensa. Pablo, por el contrario, es «el apóstol de los gentiles», es decir, amplio, visionario y universal. En el enfoque de estas dos personalidades nos interesa la respuesta a estas preguntas: ¿Consideraba San Pablo al apóstol Pedro como su superior eclesiástico? Más aún. ¿le tenía como el cabeza de la Iglesia Cristiana del mundo entero? Tal vez la mejor documentada respuesta la tengamos en las palabras y actitudes del mismo apóstol Pablo.

En el libro de los Hechos tiene lugar la ordenación al ministerio de los siervos de Dios, Pablo y Bernabé. No sabemos que para tan importante acto en la vida del que fuera el más influyente apóstol de Cristo, del primer siglo, Pedro estuviera presente, ni que hubo sido previamente consultado. En la carta de Pablo a los Gálatas, dice en el cap. 1, vers. 17: «Ni fuí a Jerusalem a los

que eran apóstoles antes que yo, sino que fuí a Arabia y volví de nuevo a Damasco. Después, pasados tres años, fuí a ver a Pedro a Jerusalém y estuve con él 15 días.» De esta primera entrevista de Pablo y Pedro, difícilmente se puede concluir que fuese un reconocimiento de parte de Pablo de cierta autoridad Pontificia de Pedro. Al contrario, no parece indicarlo, lo que luego sigue en la misma epístola. En efecto, en el cap. 2 y vers. 8 dice San Pablo: «Porque el que hizo por Pedro para el apostolado de la circuncisión (los judíos), hizo también por mí para con los gentiles.» En el mismo capítulo y vers. 9, Pablo considera a Jacobo, Cefas (Pedro) y Juan — nótese el orden — como las columnas de la Iglesia y no a Pedro solamente. Pero existe todavía otro pasaje en donde Pablo y Pedro aparecen frente a frente, y habla muy elocuentemente del concepto que Pablo tenía en esa oportunidad de la sinceridad de Pedro, puesta a prueba por sus hermanos los judíos, de Jerusalem. En esta misma epístola, en cap. 2 y versículos 11-14, se lee lo siguiente: «Empero viniendo Pedro a Antioquía, le resistí en la cara porque era de condenar; porque antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; mas después que vinieron se retraía y apartaba, teniendo miedo de los que eran de la circuncisión.

Y a su disimulación consentían también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fué también llevado de ellos en su simulación. Mas cuando vi que no andaban derechamente conforme a la verdad del Evangelio, dije a Pedro delante de todos: si tú siendo judío vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?» Este pasaje, como se ve, echa por tierra toda pretensión de supremacía por parte de Pedro. Es Pablo quien le resiste en la cara y en presencia de los demás, seguramente para avergonzarle, reprende duramente a Pedro. Es Pedro quien temeroso de su reputación de judío hace un juego poco digno y que sienta muy mal a su condición de Vicario y Obispo de la Iglesia de Cristo. Si alguien parece ser superior entre ambos, ese sería Pablo «Le reprendí en la cara... era de condenar... no andaban conforme a la verdad del Evangelio...», palabras éstas muy expresivas y duras de un subalterno para con su superior eclesiástico.

El apóstol Pablo es autor además de trece cartas enviadas a diferentes iglesias, entre ellas la de Roma. Acerca de la supremacía de Pedro sobre todos los apóstoles y sobre su carácter de Obispo Universal, o de su vicariato, no hay ninguna palabra. Para Pablo, Pedro era un compañero de

ministerio. Ni él consultaba a Pablo ni Pablo a él. Es Pablo quien hace esta sugestiva declaración: «Sobre mí se agolpa cada día la solicitud de todas las iglesias.» (II Corintios, cap. 11, 28.) Sería absurdo creer que Pablo estimase a Pedro como el Papa primero de la Iglesia, a menos que Pedro fuese el Pastor Universal y Pablo quien tuviese la solicitud de todas las iglesias sobre su responsabilidad... La vida, actitudes, reacciones y escritos de Pablo, es tal vez la más convincente documentación para ayudar a dejar en claro el asunto de Pedro como Obispo Universal, y toda la consecuencia de conclusiones inexactas a que se ha arribado luego.

4. *La actitud de la tradición*

El Dr. George Salmón, en su bien documentado libro *The infalibility of the Church,* trad. Edit. Reforma, pág. 356, dice lo siguiente una vez que ha demostrado que las evidencias Neotestamentarias antes parecen echar por tierra que dar pie a las prerrogativas de Pedro sobre los demás discípulos, según la interpretación de Mateo 16: 17-19. «Resta, pues, que esta interpretación (la católica) tiene que haber sido obtenida de la tradición no escrita. Nos dedicamos con viva ansiedad a explorar

los registros de la tradición. Mientras más importante sea la doctrina, tanto mayor sería la presunción de que debía de haber sido creída y conocida desde un principio. Pero aquí nos encontramos frente a un caso en que si los Padres tuviesen que ser unánimes, debieran de haberlo sido en esto. Este texto Mateo 16: 17-19, no es obscuro; no es tampoco alguna observación pasajera de un escritor inspirado. Si por estas palabras Nuestro Señor nombró un gobernador permanente para la Iglesia, la Iglesia desde un principio habría acudido a su autoridad para dirección y para el arreglo de toda disputa. Sin embargo, no existe un texto en todo el Nuevo Testamento, en que la tradición esté tan dividida. Es necesario descender hasta tiempos relativamente modernos, antes de dar con algún intérprete que encuentre al obispo de Roma en este texto.»

El católico romano francés Lannoy, doctor de la Sorbona, ha hecho una investigación consciente de la proporción de los Padres en pro y en contra de entender que la «roca» era Pedro. De su estudio, publicado en Ginebra en el año 1731, se desprende lo siguiente: 17 testimonios de Padres que apoyan la interpretación de que la roca es Pedro; 45 testimonios de Padres que interpretan la palabra «roca» como siendo la confesión de Pedro; y

16 testimonios de Padres que interpretan la palabra «roca» como significando Cristo.

Aun cuando, como dice el Dr. J. Broadus, las declaraciones numéricas merecen poca atención a menos que pudieran tenerse a mano las citas y conocerse las fuentes» (Com. Mateo), no dejan de constituir una abrumadora mayoría de 61, contra 16 de los mejores intérpretes, que no ven en las palabras «Sobre esta roca edificaré mi Iglesia» lo que la Iglesia Católica da por fundamentalísima verdad.

El jesuíta Maldonado, cuyo romanismo es del tipo más absoluto, comienza su comentario sobre este pasaje diciendo: «Hay entre los autores antiguos quienes interpretan «sobre esta roca», es decir, «sobre esta fe», o «sobre esta confesión en la que me has llamado el Hijo del Dios Viviente», como por ejemplo Hilario, Gregorio Niceno, Crisóstomo y Cirilo de Alejandría. Orígenes dice: Sobre esta roca, es decir, sobre todos los hombres que tengan la misma fe. En el comentario que hace San Agustín de este pasaje había adoptado, tal vez bajo la presión interpretativa de Orígenes, de que la roca era Pedro, pero en sus «Retractaciones», dice que últimamente había estado interpretando el pasaje como que la piedra era Cristo. Añade que el lector puede escoger la opinión que

crea la más probable. J. Broadus, Com. S. Mateo.

Esta postrer actitud del Doctor de Hipona, a quien la Iglesia Católica siempre ha considerado como uno de los Padres de más autoridad en el terreno de la interpretación de las Sagradas Escrituras, podría muy bien servir como árbitro capaz de decidir cuál fué el punto de vista corriente de la tradición honesta, en cuento a conceder al apóstol Pedro, y a él solamente, el honor de ser el fundamento de la Iglesia y su primera cabeza visible con asiento en Roma. Se ha visto pues que 61 Padres de la Iglesia, y entre ellos los más insignes, no vacilan en negar que el pasaje «sobre esta roca» signifique que Pedro haya tenido alguna clase de supremacía sobre los demás apóstoles y sobre la Iglesia, como siendo su primer y más grande Obispo Universal. La tradición no lo entendió así. Lo que en último término podía haber hecho era seguir el consejo de San Agustín: Dejar que cada cual tenga su propia opinión, la que crea la más probable».

No nos hemos detenido en la interpretación de este pasaje porque nos ha sido más útil saber el sentir general de la mayoría de los Padres respecto a haber entendido o no las palabras de Jesús a Pedro, conforme hoy lo interpreta la Iglesia Católica.

«La posición de San Agustín — dice el Dr. Salmón en la obra ya citada — es suficiente para demostrar con bastante claridad que en los comienzos del v siglo aun no se había descubierto que este texto contuviese la carta fundamental de la organización de la Iglesia Católica, la revelación del medio de comunicar la indefectibilidad y la unidad. Si en algún momento se hubiese sabido en la Iglesia primitiva que esto fué lo que Cristo quiso decir por esas palabras de San Mateo 16: 17-19, la tradición nunca podría haberse perdido.»

En vista de lo dicho en este capítulo: que Pedro mismo no entendió que Jesús le constituía Cabeza de la Iglesia; que tampoco lo entendieron los demás discípulos, especialmente las «columnas» Jacobo y Juan; que tampoco lo entendió su compañero de apostolado y gran misionero San Pablo, y que tampoco lo entendió la tradición más temprana y seria, no resulta una herejía imperdonable concluir reafirmando la posición del protestantismo: no hay razón ni fundamento alguno para hacer de Pedro el primer Vicario de Cristo, cabeza de la Iglesia, fundamento de la misma e infalible rector de la conciencia del mundo cristiano. ¡Es mucha responsabilidad acumulada sobre un solo hombre!

Capítulo II

PEDRO Y LA IGLESIA DE ROMA

De cómo la predicación del Evangelio llegó hasta la capital del Imperio Romano es cosa que a ciencia cierta se ignora todavía. Este hecho quedó sepultado en la más absoluta obscuridad. La Historia Eclesiástica no ha podido todavía desentrañar el misterio. Varias teorías se han dado en el afán de dar luz sobre este asunto, que si se llegase a resolver algún día, ayudaría sobremanera a establecer uno de los hechos históricos de mayor interés dentro de la investigación de la Historia de la Iglesia del primer siglo.

No deja de ser sugestivo, sin embargo, que la mayor y más influyente Iglesia primitiva, la que por su locación y membresía, así como por recursos, la que figuraba como la más importante de

todas, carezca de la gloria de haber sido fundada por algún apóstol, ni que haya sido un apóstol prominente quien por primera vez predicase el Evangelio en la gran capital del mundo Occidental de entonces. Se sabe que cuando San Pablo escribió su gran epístola a «los santos que están en Roma», no había visitado aún, si bien por el contenido doctrinal y la extensa lista de hombres y mujeres a quienes envía sus saludos, en Roma, existían iglesias completamente organizadas cuya influencia se estaba haciendo notoria en todo el mundo. Dice el apóstol Pablo en el cap. 1 y versículo 11: «Ante todo doy gracias a mi Dios por Jesucristo, por todos vosotros, a raíz de que vuestra fe es proclamada en el mundo entero.» Esto demuestra que la influencia y fama de esta Iglesia comenzó bastante tiempo antes de que fuese visitada por algún apóstol, o al menos por el apóstol Pablo. ¿Cuál fué, entonces, el origen de esta Iglesia? Aun cuando no exista evidencia documentada al respecto, se puede arribar a la siguiente posible causa: «Desde hacía tiempo había en Roma numerosos judíos atraídos por su comercio o conducidos como prisioneros de guerra. Augusto había llegado a asignarles un barrio particular al otro lado del río Tíber, que atraviesa la ciudad de Roma. Allí sostenían varias sinagogas y por sus

continuos viajes a su patria es fácil concebir que muy temprano tuviesen conocimiento del Evangelio. Muchos de entre ellos habían estado presentes en Jerusalem en el día de la fiesta de Pentecostés y oyeron sin duda la predicación del apóstol Pedro. En efecto, dice el libro de los Hechos: «Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: He aquí: ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra propia lengua en que somos nacidos? Partos y medos, y elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia. En Phrigia y Panphilia, en Egipto y en las partes de África que está de la otra parte del Cirene, y *romanos* extranjeros, tanto judíos como conversos...» (Hech. 2: 7-10.)

Así, pues, estos judíos venidos de Roma, y que luego volvieron convertidos al cristianismo, constituían la primera simiente de la Palabra de Vida, sembrada en la capital del Imperio de los Césares. También sabemos que en Roma se hallaban algunos parientes del apóstol Pablo, que antes de él habían recibido la palabra de Cristo y habían sufrido por el Evangelio. En Romanos 16: 7, leemos: «Saludad a Andrónico y a Juan mis parientes y mis compañeros de cautiverio... los que antes que yo fueron en Cristo.»

De Roma también vinieron Priscila y Aquila, cuando por primera vez se encontraron con Pablo en Corinto. En Hechos 18: 2, dice: «Y hallando a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, que hacía poco que había venido de Italia, y a Priscila su mujer (porque Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma) se fué con ellos.» Los hallamos nuevamente en Roma, teniendo una iglesia en su casa. En Romanos 16: 3-5, leemos lo siguiente: «Saludad a Priscila y Aquila mis coadjutores en Cristo Jesús, que pusieron sus cuellos por mi vida, a los cuales no doy gracias sólo yo, sino todas las iglesias de los gentiles; y saludad a la iglesia que está en su casa.»

Sea como fuere, esta iglesia existía desde mucho tiempo antes que Pablo le escribiese esta epístola, puesto que era universalmente renombrada por su fe. Esta carta sirvió para poner a la Iglesia de Roma en una relación más estrecha con Pablo, quien llegando a Italia, dos años más tarde como un pobre misionero, tuvo el consuelo de ver a sus hermanos en la fe de esa Iglesia, salir a su encuentro 50 ó 60 kilómetros antes de su llegada a Roma, y desde allí alentarle en su viaje a la ciudad. Hechos 28: 15: «De donde oyendo de nosotros los hermanos, nos salieron a recibir hasta la plaza

de Apio y Las Tres Tabernas, a los cuales como Pablo vió, dió gracias a Dios y tomó aliento.»

Por todos estos antecedentes se desprenden dos hechos importantes: 1) Que el apóstol Pablo no fué el fundador de la Iglesia de Roma, ni tuvo relación personal con esta Iglesia hasta el año 61, fecha en que llegó a la ciudad como prisionero del César, por haber apelado a él. 2) Que el Nuevo Testamento presenta al apóstol Pablo como siendo el primero de los apóstoles que tuvo los primeros contactos y relaciones con la Iglesia de Roma.

Los historiadores católicos, pese a todo, no titubean en aceptar como ciertas las tradiciones que hacen del apóstol Pedro el fundador de la Iglesia de Roma. Dicen que si no lo hizo directa y personalmente, lo hizo indirectamente. Sostienen que si bien Pedro en persona no fundó la Iglesia, su predicación en Pentecostés dió como resultado que algunos romanos convertidos volviesen a Roma llevando expresas recomendaciones del apóstol. Esto no deja de ser una hipótesis, y bien pudo haber sucedido algo parecido, como ya se ha visto. Lo inexplicable es que de haber Pedro influenciado en la fundación de la Iglesia de Roma, parece que se despreocupó al extremo de no haber enviado ni recibido ninguna carta de la Iglesia que

él fundara, ni haberse interesado jamás del desarrollo de la misma. Creemos que de semejante descuido no se puede culpar al apóstol Pedro. Quien reclama el crédito de algo que no ha realizado jamás, se asemeja a quien se ha apoderado de algún objeto que no le corresponde. Pedro se merece el honor de haber predicado en Pentecostés, y el Nuevo Testamento se lo concede; pero hay pocas razones serias para honrarle con la fundación indirecta de una Iglesia que no conocía, y a la que jamás escribió una línea, ni la Iglesia lo hizo a él. La Iglesia Católica ha agotado todos los recursos especulativos para probar que, efectivamente el apóstol Pedro, fundó, personal y directamente la Iglesia de Roma. Una de las más modernas historias de la Iglesia, escrita por un católico, es la del canónigo francés A. Boulanger y está editada originalmente en la Librería Católica de Vitta, Lyon. He aquí su opinión sobre el asunto: «Que san Pedro estuvo en Roma, que volvió allí a lo menos en dos distintas ocasiones, que fundó la Iglesia Romana, y que sufrió allí mismo su martirio, son puntos de la historia que se apoyan en testimonios, incontrastables, admitidos por la mayoría de los críticos modernos. No hay tanta unanimidad en precisar cuando hizo su primer viaje.» (Edit. Litúrg. Ed. 3, párrafo 25.)

Como se ve, en la historia del asunto, el autor presenta primero una rotunda afirmación en la que dice que la mayoría de los críticos que Pedro fundó la Iglesia de Roma y sufrió el martirio allí. Pero inmediatamente después, un sencillo párrafo abre un profundo abismo que aun no ha sido salvado: el abismo del «cuándo», es decir, la fecha de su primera aparición en Roma. El punto más débil de la teoría católica sobre el asunto es justamente el punto de las fechas. Mientras la Iglesia no resuelva satisfactoriamente los problemas creados por la carencia de fechas adecuadas para colocar a Pedro en Roma por primera vez y a tiempo para fundar la Iglesia de esa ciudad, el protestantismo tiene pleno derecho para reclamar para sí la razón en la controversia. La afirmación de Von Dollingen, de que «la noción de un origen gradual de la comunidad de Roma, sin un fundador determinado, o que Aquila y Priscila fuesen sus fundadores o aun el mismo San Pablo, se evidencia a sí misma como indefendible», aun no resuelve el asunto, de la fecha exacta del primer contacto de Pedro con la Iglesia de Roma, contacto del que resultó la fundación de dicha Iglesia. Mientras no haya mayores evidencias sobre el caso, podemos presuponer que hubo un origen gradual, o que Priscila y Aquila o san Pablo fue-

ron sus fundadores, con las mismas probabilidades de acierto, que la Iglesia, para hacer de Pedro su fundador, sin resolver el problema de las fechas.

Con todo, sería inexacto afirmar que la Iglesia no haya elaborado para Pedro un itinerario que es el aceptado generalmente como posible. He aquí su síntesis: «Según una tradición muy admitida y verídica (?), el primer viaje de san Pedro tuvo lugar en las proximidades del año 42. El libro de los Hechos nos dice que cuando tuvo lugar la persecución de Herodes Agripa, Pedro estuvo encarcelado, que fué libertado por un ángel y que seguidamente «*marchó a otro lugar*» (Hechos 12: 17.) Este otro lugar no pudo ser otro que Roma. Allí encontró una colonia judía que habitaba en uno de los barrios pobres, denominado Transtevere. Es creencia general que, al principio, san Pedro habitó en ese barrio, que más tarde se trasladó al Monte Aventino, en casa del senador Pudente, emparentado con el centurión Cornelio, que había recibido el Bautismo en Cesarea de manos del propio Pedro. ¿Cuál fué el método de apostolado adoptado por el Príncipe de los apóstoles? Nada nos dicen sobre este punto los documentos. ¿Seguía la costumbre de san Pablo, de entrar directamente a las sinagogas para dirigirse a los judíos? Podría muy bien ser que la modesta posi-

ción social y su escasa cultura no le permitieran seguir este sistema. Así, pues, es lo más probable que san Pedro fué conquistando una a una las almas al Evangelio, empezando por los pobres y esclavos, remontándose hasta las clases más elevadas de la sociedad pagana tales como Pomponia Grecina. Entre los años 47-51, después de un motín de arrabal, cuya responsabilidad se atribuye a un tal Cresto, el emperador Claudio desterró de Roma a todos los judíos (Hechos 18: 2.) Pedro con los demás cristianos abandonó la ciudad para regresar a Asia. Es probable que no volviera a Roma hasta el año 63. Según una tradición apoyada por Eusebio (267-338), padeció martirio juntamente con Pablo, pero el apóstol Pedro fué crucificado con la cabeza para abajo, en la colina del Monte Vaticano, y Pablo como ciudadano romano fué decapitado cerca de Roma y en el camino de Ostia.» (Boelinger H. E., Ed. Lit.)

Como se ve, nunca un relato relativamente tan corto y aparentemente creíble, ha dado tantos motivos y temas para la controversia, como éste. Cada afirmación merece en sí un concienzudo estudio. Es como una cadena cuyos eslabones dependen el uno del otro para sostenerse, pero que tan pronto como un eslabón ceda, uno a uno también irán desprediéndose. La gran cadena que la

Iglesia Católica ha formado, es aparentemente sólida y resistente, pero si los eslabones — como otros tantos hechos — por separado no resisten la fuerza y el crisol de la investigación histórica, se pudiera debilitar y aun quebrar su capacidad de resistencia. Los hechos de esta leyenda por separado será el tema a considerar en tres capítulos subsiguientes.

Capítulo III

AÑO 42 A. D. PEDRO EN ROMA

La tradición universalmente aceptada por el Catolicismo es que en el segundo año del reinado del emperador romano Claudio, es decir, en el año 42, el apóstol Pedro fué a Roma por primera vez y fundó la Iglesia.

A fin de hacer concordar esta fecha con el libro de los Hechos, los intérpretes católicos romanos dicen que, luego que el ángel puso en libertad a Pedro y fué a los hermanos contándoles lo que había ocurrido, el vers. 17 del cap. 12 dice así: «Mas él haciéndole señal con la mano de que callase, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y salió y partió a otro lugar.» Esa expresión «otro lugar», dicen los intérpretes ca-

tólicos, no puede ser sino Roma. Como se ve la base para establecer un hecho de tanta importancia como es el que Pedro haya ido a Roma para hacerse cargo de la dirección y cuidado de la grey universal de Dios, no puede ser más obscura e incierta. Lucas es un historiador que ha observado con cierta minuciosidad los detalles de hechos, lugares y fechas de los más importantes acontecimientos sucedidos en período apostólico hasta probablemente el año 64. Así vemos en el libro de los Hechos, cap. 10, que este escritor sagrado no vacila en informarnos de la entrevista llevada a cabo entre Cornelio, el centurión romano, y Pedro. Allí se indican exactamente nombres de ciudades, de individuos y hasta nos deja con claridad sorprendente los detalles de la conversación sostenida. ¿Tenía Lucas algún motivo especial para silenciar el hecho de que Pedro haya ido a instalarse como la Cabeza Suprema de la Cristiandad a Roma? Acaso ¿cesaría la iluminación del Espíritu Santo en la mente de Lucas, como para pasar por alto justamente un hecho de tanta significación para el cristianismo? ¿Era de poca significación el hecho de que se inaugurase el oficio del Papado Universal, y por primera vez Pedro ocupase la silla que se afirma no haber estado vacante durante los 2000 años de existencia del cristia-

nismo? Aun pueden hacerse otras preguntas: ¿En qué tradición seria se dan detalles de la visita de Pedro a Roma en el año 42? ¿Por qué Eusebio, uno de los más fehacientes historiadores de la Iglesia calla en absoluto el hecho? Se ve, pues, que no sólo la Biblia se opone a trasladar a Pedro a Roma en el año 42, sino también se opone absolutamente toda la más temprana tradición. Ni las Escrituras, ni la tradición, ni ningún historiador católico ha presentado jamás una fuente digna en apoyo de este primer viaje de Pedro a Roma.

La fecha resulta muy temprana para hacer que el apóstol Pedro haya olvidado que su ministerio era para los de «la circuncisión», es decir, a los judíos. Varios incidentes en el libro de los Hechos ponen de manifiesto que el apóstol Pedro jamás dejó de lado su responsabilidad hacia los judíos. Por lo tanto, colocar así por así a Pedro en Roma en tan temprana edad, es hacerle infiel a su misión de predicar a los judíos.

Es cierto que en Roma había también judíos. Pero ¿cómo podría justificarse que Pedro abandonase Judea y los núcleos principales de judíos para ir a Roma, donde sólo existía una colonia relativamente pequeña? Sentiríamos lo mismo si alguien hoy dice sentirse llamado apóstol de los

chinos y decide instalarse en Nueva York, y predicar allí a los pocos chinos que existen en esa ciudad, pasando allí veinticinco años de su vida, sin tener en cuenta que existen 400.000.000 a quienes debe dedicar su ministerio en la misma China. De esta forma resulta que Pedro pasó solamente siete años en Asia Menor predicando a los judíos de allí, y veinticinco en Roma, predicando a los gentiles. No creemos que el Espíritu Santo se haya equivocado al asignarle a Pedro un ministerio entre los judíos, que luego no pudo cumplir, ni tampoco podemos creer que Pedro haya desobedecido, como otro Jonás, la vocación a que estaba llamado. Sabemos que hasta casi la terminación de sus días, el apóstol fué el principal predicador al pueblo judaico. Trataremos de abarcar su vida, con datos que nos proporciona el Nuevo Testamento.

En el año 42 ó 44 está en Jerusalem para la fiesta de los ázimos, o sea la pascua. «Y viendo Herodes que había agradado a los judíos, pasó adelante pra prender también a Pedro. Eran entonces los días de los ázimos. Y habiéndolo puesto preso, púsole en la cárcel entregándole a cuatro cuateniones de soldados para que le guardasen; queriendo sacarle (a merced) del pueblo después

de la pascua. Así que Pedro es guardado en la cárcel.» (Hechos 12: 3-5.)

En el año 50, el apóstol Pedro se encuentra en Jerusalem y asiste al Concilio, que es relatado en el cap. 15 de los Hechos. El motivo de este concilio podría muy bien haber tenido que ver con ciertas malas interpretaciones del mensaje y actitud del apóstol Pedro. Los judaizante (ciertos judíos convertidos a medias al cristianismo) aprovechaban cualquier coyuntura que los dejase entrever las predicaciones de los apóstoles para hacer su sectaria propaganda a fin de minar la fe de los creyentes de origen griego o romano. Se hace por demás improbable que Pedro haya venido de Roma exprofeso para asistir a este concilio. Por la participación de Pedro en él se nota que estaba enterado de los pormenores del problema, cosa que sería del todo imposible de haber estado en Roma. El primero que toma la palabra es el apóstol Pedro. Recuerda que por él Dios permitió que fuese escuchado el Evangelio por los gentiles. Se estaba refiriendo indudablemente a su experiencia con Cornelio en Joppe. Después de haber hablado Pedro, Jacobo aconsejó que se aceptase una propuesta por él mismo presentada en el sentido de que los gentiles que se convertían no fuesen molestados, solamente que se abstuviesen de las

contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre. Se resolvió escribir una carta y se decidió que fuese enviada a los gentiles por mano de Pablo, Bernabé, Judas y Silas (Hechos, cap. 15). La razón de por qué esta misión de llevar lo resuelto en concilio no fué encomendada a Pedro, parece ser fué porque su ministerio notoriamente conocido a los judíos, no le permitía el tiempo necesario para ocuparse de esta embajada a los gentiles.

Llegamos ahora al año 52, fecha en que san Pablo se encuentra en Antioquía de Siria, entre el segundo y tercer viaje misionero, a continuación del concilio de Jerusalem. Desde aquí escribe la epístola a los Gálatas, en donde en el cap. 2 y versículo 11 se lee lo siguiente: «Empero viniendo Pedro a Antioquía, le resistí en la cara, porque era de condenar. Porque antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles, mas después que vinieron se retraía y se apartaba, teniendo miedo de los que eran de la circuncisión, es decir, de los judíos.» En el vers. 14 Pablo le acusa que está obligando (constriñendo) a los gentiles a que vivan como judíos. Así vemos, pues, que en el año 52 Pedro está en Antioquía y es acusado por Pablo de ser demasiado judío en su ministerio. Hasta esta fecha el apóstol Pedro no ha

sentido cambio alguno que le haya indicado que deba dejar su ministerio a los judíos de Palestina para ir a Roma a ocupar la silla que le haga el Jefe de la Cristiandad judía y gentil.

Ahora abrimos la carta del apóstol Pablo a los romanos, escrita en el año 56 aproximadamente, desde la ciudad de Corinto durante su tercer gran viaje misionero.

Un famoso comentador e investigador del Nuevo Testamento ha afirmado que «se puede decir que la epístola a los Romanos basta por sí sola para destruir el fundamento de la Iglesia Romana». No sólo Lutero sacó de ella su gran énfasis sobre la doctrina de la justificación por la sola fe en Cristo, sino que con ella atacó todo el sistema del Papado, con tal éxito, que hoy más de la mitad de Europa, y los más influyentes países en el mundo entero, han deshechado la leyenda levantada alrededor de Pedro, leyenda que los escolásticos de la Edad Media dieron visos de filosofía cristiana. Esta epístola contiene la medula de la teología cristiana pura y además es clave para el estudio de las pretensiones clericales del catolicismo.

En esta carta Pablo presenta dos de los más formidables argumentos contra el apostolado temprano y fundación de la Iglesia por Pedro, a partir del año 42.

El primero es un argumento de *Ética Misionera.* Pablo haciendo uso de su libertad cristiana, de lo que siempre fué muy celoso, se había propuesto, como un método misionero, no predicar el Evangelio en ninguna ciudad, ni visitar en carácter de primer apóstol «pioner» ningún lugar donde otro apóstol hubiese ya comenzado sus trabajos misioneros. Este argumento cobra mayor fuerza por ser expresado justamente en la carta a los Romanos. En el cap. 15 y vers. 20 dice así: «Y de esta manera me esforcé a predicar el Evangelio, no donde antes Cristo fué nombrado, por no edificar sobre ajeno fundamento.» Ante estas palabras, que hablan de un muy conveniente método misionero, nos preguntamos: ¿Hablaría san Pablo de esta manera si ya Pedro hubiese estado en Roma desde el año 42, predicando allí y fundando la Iglesia? ¿No sería una inconsecuencia mayúscula y falta de ética por parte de Pablo? ¿Podría él afirmar hoy que no predicaría donde otro haya predicado y al mismo tiempo escribir a los romanos en la misma carta: «porque os deseo ver, para repartir con vosotros algún don espiritual para confirmaros»? ¿Es que no estaba el apóstol Pedro confirmando a la Iglesia cuando Pablo escribió esta epístola?

El otro argumento de fuerza es el de *Ética Cris-*

tiana. La ética misionera puede ser asunto condicionado a circunstancias y desarrollado en relación a determinados accidentes como ser, circunstancias culturales, sociales, económicas, etc. En la historia de las misiones es fácil distinguir cómo una ética que produce excelentes resultados en un país debe ser modificada para producir lo mismos resultados en otro país. Los principios misioneros son variables y, en casi todos los casos, las peculiaridades de un pueblo aconseja o no los principios a seguir.

No sucede lo mismo, sin embargo, con la ética cristiana. No depende de accidentes circunstanciales o sociales, o de ambientes culturales. La ética de Cristo es una y la responsabilidad moral de guardarla es universal, por sobre todo ambiente o costumbre.

Al terminar la carta a los Romanos, Pablo siente el deber moral de enviar sus saludos a todos los hermanos conocidos de la Iglesia de Roma. Esto lo hace en el capítulo 16. Es un reconocimiento por escrito al trabajo, la amistad, la fe, el amor, el sacrificio, de todos aquellos de quienes el apóstol Pablo tiene noticias. Comienza con Priscila y Aquila y en una sucesión de nombres con sus respectivas virtudes al lado, Pablo saluda a hermanos y hermanas, esto sin contar los que in-

cluye en los grupos. Se puede afirmar que entre los que están incluídos en estos saludos, contando los grupos, como ser la iglesia que existía en casa de Priscila y Aquila, los hermanos del vers. 14, y los «santos» del vers. 15, pueden muy bien llegar a la respetable cantidad de un centenar de personas. Esta cifra es relativamente baja si se tiene en cuenta que, según opinión de algunos eruditos, existían en ese tiempo en Roma por lo menos tres iglesias. Esta carta no se dirige a la Iglesia de Roma, sino «a todos los santos que estáis en Roma».

¿Cuál es la razón por la que el apóstol Pablo omite el nombre de Pedro, quien para esta fecha, según la tradición romana, ya hacía 14 años que era Obispo de Roma? No se puede atribuír a Pablo tamaña falta de cortesía o ética cristiana. Pablo había sabido reconocer a los que eran de cierta reputación. Él mismo dice que en el comienzo de su ministerio cuando fué a Jerusalem, visitó a Pedro y estuvo con él 15 días. (Gálatas 1.) ¿Se habría ya olvidado Pablo de ese elemental principio de ética cristiana al haber pasado por alto al apóstol fundador de la Iglesia de Roma y Obispo por casi 15 años para esa fecha? Es por demás pueril creer que San Pablo se hubiese olvidado de mencionar el nombre de Pedro. Ciertísimamente

podemos afirmar que San Pedro no estaba allí en el año 59, fecha en que Pablo escribió esta epístola. Estos dos argumentos constituyen en sí un rudo golpe a la pretensión de la Iglesia Católica de colocar a Pedro en Roma desde el año 42.

Pero todavía hay más. El apóstol Pablo por fin cumple con el deseo ardientemente acariciado de visitar a los hermanos de Roma. Según los datos disponibles, ello tuvo lugar en el año 61, en ocasión de su primer encarcelamiento en Roma, de cuyos detalles Lucas nos da una extensa relación en el capítulo 28 de los Hechos. Al llegar a Roma, es decir, a los tres días de su llegada, Pablo convocó a los principales de los judíos para una entrevista con él en la casa de alquiler donde se le permitió permanecer con bastante libertad. Estos judíos dieron a entender a Pablo que no estaban al tanto de lo que significaba el cristianismo. Desconocían en absoluto la presencia en Roma del apóstol de los judíos, Pedro, aun cuando si algún judío debería haber estado al tanto de la religión Cristiana, ese debiera haber sido algún principal, ya que siempre estaban al acecho de cualquier innovación en asunto religioso. Lucas guarda silencio sobre la persona de Pedro en Roma para esa fecha. ¿Es que en los años que Pablo estuvo preso en Roma, Pedro como el Pastor

de los Pastores, no se acercó a visitarle en la prisión? El penúltimo versículo del libro de los Hechos, dice que eran muchos los hermanos que le visitaban continuamente. ¿Acaso los humildes hermanos de Roma, tenían más conciencia de su obligación moral hacia Pablo, que el mismo Vicario de Cristo? Positivamente, en el año 61, Pedro todavía no estaba en Roma en ocasión del primer encarcelamiento de Pablo.

A los dos años de estar preso, es decir, en el año 63, Pablo escribe la epístola a los filipenses, asociando el nombre de Timoteo al suyo en el encabezamiento de la misma. Al final de ella envía un saludo en estas palabras: «Los hermanos que están conmigo os saludan. Todos los santos os saludan mayormente los que son de la casa del César.» (Cap. 4: 21 y 22.) Todavía el nombre de Pedro no aparece en ninguna parte. No ha visto a Pablo. ¿Es que en dos años de estar en Roma, Pablo no tuvo tiempo de enterarse de que Pedro, estaba allí dirigiendo la Iglesia Cristiana Universal? Seguramente en el año 63, Pedro no había llegado a Roma.

Finalmente llegamos al último escrito del apóstol Pablo. Es la carta 2.ª a Timoteo. Por el tono y contenido de la misma se echa de ver que Pablo está viviendo sus últimos días sobre la tierra.

Dice en el vers. 6, del cap. 4: «Porque yo ya estoy para ser ofrecido y el tiempo de mi partida está cercano.» En seguida comienza una lista de los que le han abandonado o hecho algún mal, tal vez por temor al gobierno Romano. Las siguientes palabras no absolverían por toda la eternidad a Pedro, por falta de cumplimiento y abandono de sus deberes episcopales: «*Lucas sólo está conmigo. En mi primera defensa nadie me ayudó, todos me abandonaron.* Vers. 11 y 16. En el vers. 21, envía saludos a Timoteo de los principales líderes de la Iglesia de Roma: Eubulo, Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.» Allí termina la última epístola escrita por el gran apóstol y también allí termina su carrera terrenal. Nos preguntamos: ¿Será posible, que estando Pedro en Roma, le hubiese abandonado también, le hubiese dejado solo? ¿No era su oficio apacentar las ovejas? ¿No estaría Pedro incluído entre los principales hermanos que hubiesen querido saludar a Timoteo? ¿Por qué hasta esta fecha para nada, absolutamente nada, se menciona su nombre? Por lo que se puede ver, ni Lucas el historiador sagrado, ni Pablo el apóstol, dan la menor indicación de que Pedro se hubiese hallado en Roma, antes del año 67.

Debemos considerar ahora la suposición católica

por la que se atribuye la primera epístola de Pedro, como habiendo sido escrita desde Roma. Nuevamente la Iglesia Católica apela a una evidencia difícil para probar su teoría. En el versículo 13, del cap 5, de su primera carta, dice el apóstol Pedro: «La Iglesia que está en Babilonia, juntamente elegida con vosotros, os saluda...» Esta carta es dirigida expresamente a los extranjeros esparcidos en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. Esta epístola fué escrita entre los años 63 y 67, según el historiador cristiano Alford. El argumento católico es que la palabra Babilonia, se usa aquí como sinónimo de «Roma», por la misma razón que San Juan llama a Roma, en el apocalipsis con el nombre místico de Babilonia. «Juan escribe un libro confesadamente místico y simbólico. La primera carta de Pedro, no pertenece a ese género de literatura. Además de esto, la Babilonia mística de Juan, no es la Roma pagana, sino la Iglesia Cristiana apóstata, es decir, la mujer vestida de púrpura y escarlata.» (B. H. Carroll. Int. Rom.) No hay razón suficiente para mistificar o espiritualizar el término Babilonia. En el caso del Apocalipsis, existe un motivo y es que todo el libro trata de simbolismos y de visiones con significación mística, que hacen de ese libro, muy difícil de interpretar. No se debe olvi-

dar tampoco que Juan escribió el Apocalipsis, en el año 96, bajo el período más crudo de la persecución de Domiciano. Ireneo, dice que el libro fué conocido, «al final del reinado de Domiciano, en su propia generación.» Justamente fué en los dos últimos años del reinado de este emperador, sucesor de Nerón, que la persecución se hizo más terrible, a raíz de que los cristianos se negaron a pagar la didracma, que era un impuesto para la conservación del templo de Júpiter. La reciedumbre de la persecución y el peligro consiguiente, hacían necesario que el Apocalipsis fuese un libro místico, profético, y escatalógico. Para el tiempo en que Pedro escribió su primera epístola no arreciaba la furia de ninguna brutal persecución, ni significaba un peligro para la Iglesia el utilizar un lenguaje claro en las epístolas apostólicas. Aún más, si hubiese alguna razón de esconder nombres, ésta hubiese sido en provecho de quienes recibían la carta. Pero los nombres de los lugares en donde se encontraban los esparcidos, no aparecen velados, ni se les interpreta metafóricamente. Además Juan dió algunos detalle de esa ciudad que sin lugar a dudas significaba Roma. Pero aquí Babilonia, figura solamente en un saludo, sin que el tono de él, ni el lugar donde aparece en la epístola justifique para nada una interpretación figurada. To-

do hace suponer que se trataba de Babilonia, ya sea la Babilonia en Asia o la de Egipto. En ambas existían colonias numerosas de judíos. «Cuando los judíos regresaron de la cautividad muchos permanecieron todavía en Babilonia y a la posteridad se les llevó el Evangelio. La presencia de Pedro, no sólo es probable en Babilonia que se hacía necesaria para atender a la gran colonia judía que residía allí, y a quienes él les llevó el Evangelio. Los judíos tenían florecientes sinagogas en Babilonia, y uno de sus Talmudes fué compuesto en esa ciudad. Usar un nombre tan enigmático en este caso, en lugar de la Roma familiar, no habría sido natural y no hay razón para dudar de que se trataba de la anigua Babilonia.» (W. W. Rand.)

Si las evidencias de las Escrituras inspiradas del Nuevo Testamento tienen valor en este asunto — y realmente es lo único de confianza — entonces está por demás probado, ya por Lucas, ya por Pablo, o ya por el mismo Pedro, que resulta imposible hacer que Pedro haya estado en Roma en fecha tan temprana como el año 42 para **fundar** la Iglesia allí.

Los datos del Nuevo Testamento, nos llevan hasta casi el año 67 y todo hace suponer que para esta fecha Pedro no había estado personalmente en Roma.

Capítulo IV

VEINTICINCO AÑOS DE OBISPADO EN ROMA

Lo visto en el capítulo anterior podría bastarnos para afirmar que durante todo el período que abarca el Nuevo Testamento, el apóstol Pedro, no fué Obispo de Roma, no sólo durante un espacio de tiempo de veinticinco años, pero aun que haya sido obispo alguna vez.

Cuando el Concilio de Trento proclamó que el medio de comprobar una doctrina dependería en adelante tanto de la Escritura como del testimonio de la Tradición, la Iglesia Católica ya había andado mucho, sin la sanción de Trento, por el camino de la tradición, como evidencia probatoria de sus teorías. Nada es más cierto que antes que la Iglesia se expida sobre un asunto de doctrina, ha permitido a la grey hacer de esa doc-

trina una necesidad. De la tradición, pues, más que de la Escritura, se ha servido la Iglesia Católica para deducir el obispado de Pedro en Roma. En realidad no existe tradición honrada que indique que Pedro haya sido Obispo de Roma, alguna vez. Mucho menos tenemos indicación de que haya sido por el término de 25 años.

Las consecuencias que se infieren de tal afirmación de la Iglesia Católica, son de tal naturaleza, que a la vista de los hechos de la historia atentan seriamente contra la esencia misma del sentimiento apostólico y misionero. Las Escrituras del Nuevo Testamento nos presentan a un Pedro, con algunos defectos, es cierto, pero siempre como permaneciendo fiel a su vocación apostólica. Por otra parte, de ser cierto el hecho de que Pedro haya sido el Obispo responsable de la Iglesia Universal con sede en Roma, nos transforma el carácter de Pedro, uno de cuyos mayores defectos serían la inconsecuencia, la indolencia, el interés personal y la despreocupación por sus deberes de obispo. Creemos que un tal Pedro, no es sino el producto de una leyenda en cuya confección y propósitos, no tuvo culpa alguna y que sólo se ha ideado, para amparar a su sombra intereses de superioridad, de rango y de poder. Con todo el respeto que nos merece la gran figura de este gran-

de, humano e inmortal apóstol de Jesucristo, convendría conocer los resultados a que se ha llegado, por el afán por parte de la Iglesia de Roma, de hacer de Pedro, Obispo de Roma, por espacio de 25 años, es decir, desde el año 42, hasta el año 67, fecha de su probable muerte. Estas ideas principales las apuntamos del interesantísimo libro de apologética cristiana: «The Infalibility of the Church», de G. Salmon D. D., profesor que fuera de Teología de la Universidad de Dublín.

1. *Esta leyenda hace de Pedro el primero de los obispos indolentes de toda la historia de la iglesia.*

En el gran mundo civil, la ostentación de un cargo por parte de una persona, sin afrontar los trabajos pertinentes a él, repugna al sentimiento general. Tal vez sea en el aspecto religioso por la seriedad y trascendencia del sentimiento espiritual, en donde resulta escandaloso el ostentar una dignidad sin llevar consigo las responsabilidades y deberes que le son pertinentes. De ser cierto el pretendido episcopado de Pedro por 25 años en Roma, este apóstol fué el primer obispo ausente de su puesto. Si fué Obispo de Roma en el segundo año de reinado de Claudio (42) no se tiene

ninguna evidencia de que se haya acercado a su sede, hasta casi la fecha de su muerte en el año 67. No sólo eso, sino que tampoco escribió una sola carta a la Iglesia de Roma durante los probables veintitrés años de ausencia, o si es que lo hizo, la Iglesia no creyó que merecía ser conservada, lo cual de veras es mucho peor.

2. *Esta leyenda coloca a Pedro como dando el mal ejemplo de hacerse cargo de deberes que él mismo sabía que no podía cumplir.*

El Cardenal Baronio (1538-1607) en sus «Anales Eclesiásticos» se encuentra ante la disyuntiva de reconocer este hecho o francamente admitir que en todo el período histórico que abarca el Nuevo Testamento, Pedro no pudo oficiar desde Roma, como cabeza de la Iglesia. Se define por lo segundo, pero con esta aclaración: «Las ausencias de Pedro de Roma, se debieron primero al decreto de Claudio, por el cual todos los judíos debían abandonar Roma, y luego se debió también al hecho de sus continuos viajes como apóstol.» Refuerza su argumento con esta deducción: «Si Pablo predicó el Evangelio desde Jerusalem por todo alrededor hasta Iliria, y aún deseaba ir a España, ¿podemos imaginar que Pedro fuera menos acti-

vo que Pablo?» Objetamos nosotros, que a 17 siglos de distancia de Pedro, a esta afirmación de Baronio, estas razones parecen resultar excelentes. Lo débil del argumento, sin embargo, es que en ninguna parte se registran estos lógicos desplazamientos de Pedro. De ser cierta la teoría del Cardenal Baronio, el apóstol Pedro tuvo que hacer por lo menos cuatro ausencias en un período relativamente corto. Lo fatal de esta teoría, es que ni las Escrituras ni la tradición consignan en ninguna parte estas ausencias episcopales. El carácter mismo de Pedro le absuelve de este injusto cargo de falta de responsabilidad pastoral y abandono de la sede. Mucho más noble resulta, confesar abiertamente que no hubo tal episcopado de 25 años. De esa forma se salva el prestigio de la historia de la Iglesia y el de Pedro.

3. *Esta teoría hace que Pedro haya caído en el pecado de cambiar una sede pobre por una más rica.*

«En la Iglesia primitiva era tenido por cosa condenable que un obispo emigrara de una sede pobre a una más rica. Era tenido por una especie de adulterio; como quien abandona una esposa pobre por otra más rica. Varios cánones primiti-

vos prohibían esa práctica. Uno de estos cánones fué puesto en vigencia contra Gregorio Nazianceno. En efecto, el Papa León, en un decreto incorporado a la ley canónica, ordenó: «Si algún obispo despreciando la pobreza de una sede, busca la administración de un lugar más eminente, y por cualquiera razón se trasfiere a un pueblo más grande, será no solamente arrojado de la sede que no le pertenecía, sino también perderá su propia sede, para así no presidir sobre aquellos a quienes en su avaricia él codiciaba, ni tampoco presidir sobre aquellos que en su orgullo él menospreciaba.»

No obstante esto, se nos dice, que Pedro, para obtener la sede de Roma, abandonó la que había tenido por siete años en Antioquía. Se sabe que el cuento del episcopado de Pedro en Antioquía, fué una idea que se les ocurrió a los cristianos de Siria, aprovechando la laguna que quedaba entre la ascensión del Señor, y el año 42, fecha en que se dice que se hizo cargo de la sede de Roma. Este hecho es aceptado por Baronio, quien a su vez parece fundarse en Eusebio.

Aun cuando la historieta del episcopado de Pedro, en Antioquía, es más absurdo que el de Roma — y realmente no fué creído sino por muy pocos — hace que se agrave en descrédito de Pe-

dro, el asunto de sus actividades como obispo residente en alguna ciudad. No hay razón para hacer tan serio cargo a Pedro. Su carácter queda a salvo y la posibilidad de acusarle de obispo interesado en diócesis opulentas, se esfuma de igual manera. Sin embargo, no es liviano argumento si se acepta el tal episcopado de 25 años en Roma y siete en Antioquía, de Siria.

Finalizando este capítulo de consecuencias emanadas del hecho que se discute, se puede decir, que en las Escrituras, el apóstol Pedro se presenta con algunos serios defectos, en parte debidos a su carácter exageradamene impulsivo, lo que le llevó a considerarse en una ocasión más fuerte moralmente que los demás, lo cual trajo consigo la gran crisis de la negación de su Maestro por tres veces. Otras imperfecciones en el carácter de Pedro son evidentes en el Nuevo Testamento, como ser, su desaliento y duda de la resurrección de Jesús, y tal vez su peor equivocación, su simulación en el caso de los judíos que vinieron de parte de Jacobo de Jerusalem. Pero de la misma manera estamos pronto a absolverle de estos defectos y cargos que su pretendido episcopado de 25 años en Roma traen sobre su carácter. No era indolente; ni abandonado en sus trabajos misioneros; jamás se dió créditos de trabajos no realizados por él, ni

aceptó responsabilidades que no pudiese haber atendido por sí mismo. Mucho menos se puede decir de este apóstol por las referencias Neotestamentarias que tenemos de él, que haya sido alguna vez, interesado en su propio bienestar y provecho. El defecto del egoísmo, no se encuentra en el carácter de Pedro.

Así, pues, que él haya sido por veinticinco años Obispo de Roma, echa tierra y lodo, sobre un carácter que aun cuando tenía algunos defectos propios de un ser humano, es por otra parte ejemplo de consagración, de santidad, servicio y sacrificio por la causa de su amado Salvador.

Capítulo V

SUCESIÓN APOSTÓLICA

Por «Sucesión Apostólica», se entiende la ininterrumpida cadena de obispos o papas que ocuparon la Silla Pontificia de Roma, como Vicarios de Cristo en la tierra, teniendo a Pedro como el primero, y él a su vez trasmitiendo este privilegio y poder a los que le sucederían indefinidamente.

Se puede comprobar que Pedro no ha sido Obispo de Roma y de toda la cristiandad por espacio de 25 años, y es fácil que haya quienes lo admitan, pero sí existen pruebas de que Pedro haya sido obispo tan sólo un año y haya luego dejado sucesor apostólico, entonces lo demás pierde importancia y la posición del catolicismo sería correcta. Es aquí justamente donde la Iglesia de Roma cree

pisar sobre terreno más firme. Sobre este hecho cree encontrar serias y competentes tradiciones que dan el hecho por realizado, estableciendo que por algún tiempo — no se establece cuanto —, Pedro haya sido Obispo de Roma y que antes de ser martirizado dejó un sucesor con el mismo poder y rango sobre toda la Iglesia como cabeza visible de ella.

En todo este asunto hay que depender en gran parte sobre lo poco que se ha conservado de las tradiciones relativamente tempranas. No sólo eso, sino que hay que depender de las interpretaciones que a esos documentos se les desea dar, las que siempre estarán sujetas al previo punto de vista del intérprete.

Antes de abrir las páginas de la incierta tradición sería conveniente volver a la ocasión y significado de las palabras de Jesús, que son aplicables para sostener la pretensión católica, por ver si se hallan en ellas algún vestigio de la doctrina de la ininterrumpida sucesión de sí mismo, delegando en otro, en Pedro, su carácter de Jefe único de la Iglesia. En el pasaje que ya hemos hecho referencia, del Evangelio de San Mateo, cap. 16; y los vers. 17-19, no es posible encontrar ninguna posibilidad de trasmisión de poderes. «Tú eres Pedro y sobre esta roca edificare mi Iglesia, y las

puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del Reino de los cielos. Todo lo que atares en la tierra, será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.» La Iglesia encuentra aquí todo lo que necesite para establecer el papado de Pedro, «con el poder de atar y desatar, como lugarteniente de Cristo.» (Enc. Esp. art. Papa.)

La Iglesia no ha vacilado en hallar aquí todo el fundamento para el papado, pero intentar probar o justificar la sucesión apostólica por este pasaje, es sin duda dar pie para sacar de cualquier texto bíblico aquello que estemos empeñados en probar. Entonces la Palabra de Dios resulta un pretexto, antes que la expresión de la inmutable voluntad de Dios. En cuanto al pasaje de San Juan, cap. 21; 15-17, donde Jesús dice a Pedro: «Apacienta mis ovejas.» La inferencia católico romana es que «con estas palabras queda constituido Pedro en Maestro y Rector Universal del Colegio Apostólico y de la cristiandad entera, con toda la plenitud del poder religioso, como Vicario de Cristo, no con mero primado de honor, ni de excelencia, ni de simple autoridad, sino de propia y verdadera jurisdicción, sacerdocio y magisterio.» (Enc. Esp. ac. Papa, pág. 929.) Estas palabras que provienen de altas autoridades católicas, nos dan

una idea de lo lejos que la Iglesia ha mirado a estas sencillas palabras de Jesús, «Apacienta mis ovejas», dándole una interpretación demasiado vasta y visiblemente parcial.

Cirilo de Alejandría, hace el siguiente comentario de este pasaje, en el que no encuentra tanto como ven las autoridades del catolicismo: «Si alguien dijera por qué el Señor preguntó esto a Pedro solamente, aunque los demás apóstoles estaban presentes, y que es lo que significaba Jesús por la frase «apacienta mis ovejas» contestamos lo siguiente: Pedro juntamente con los demás apóstoles había sido ya elegido al apostolado, pero como en el intervalo Pedro había caído (pues había negado al Señor tres veces) Jesús ahora sana al que estuvo enfermo y exige una triple negación contrastando la primera con la segunda y compensando la falta con la corrección. Por la triple confesión abroga el pecado contraído con su triple negación.» Este era el sentir de los principales intérpretes antiguos de la frase «apacienta mis ovejas» y esa fué la posición de casi todos exegetas antes que surgiera el intrincado asunto del episcopado Romano y la consiguiente sucesión. Si Cirilo de Alejandría está equivocado en interpretar este pasaje como lo hace, mucho más lo está la Iglesia que encuentra en él, la teoría de la trasmisión de

poderes y la carta fundamental del sistema del papado.

Queda todavía otra Escritura a la que la Iglesia Católica ha dado carácter de evidencia. Se encuentra en Lucas 22: 31 y 32. «Dijo además el Señor: Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Más yo he rogado por ti, para que tu fe no falte y tú una vez vuelto a Mí, confirma a tus hermanos.»

«Con toda verdad nadie que interpretara la Escritura según su sentido obvio, podría sospechar que este pasaje contenía una revelación acerca del guía, a la verdad nombrado para la Iglesia por todos los siglos del tiempo. Se ve sobre la misma superficie, que todo el párrafo se refiere al peligro inmediato en que estaba la fe de los apóstoles por razón de esas pruebas bajo cuya presión todos ellos desertaron de su Maestro. Hubo una súplica especial para Pedro por razón de su peligro, y vemos que esta súplica no excluyó una penosa caída.» (Inf. Ch. 365.) No tenemos base alguna para suponer que esa oración de Jesús tuviese mayor eficacia en el caso de algunos pretendidos sucesores, a quienes la petición sólo podría aplicarse, cuando más indirectamente.

El trabajo de «confirmar», o fortalecer a sus hermanos encomendado en esa ocasión a Pedro,

tal vez a raíz de su caída, que puso en peligro la fe de los demás discípulos no fué ninguna prerrogativa peculiar sólo aplicable a él. Se usa la misma palabra varias veces en el libro de los Hechos, refiriéndose a Pablo, confirmando a la iglesia de Antioquía; de Timoteo confirmando a la Iglesia de Tesalónica, y en el caso más notable, cuando Pablo se propone ir a Roma, que se dice haber estado al cuidado peculiar de Pedro, les manifiesta en su epístola que les «desea ver para repartir con vosotros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados.» (Rom. 1: 11. Así, pues, la palabra «confirmar», ha sido utilizada en relación con la labor de otros apóstoles y siervos de Dios, sin que ello signifique que hayan tenido prerrogativa alguna. Si se desea alguna interpretación autorizada de este pasaje «confirma a tus hermanos», Juan Crisóstomo, lo comenta de esta forma, por lo que se puede ver cual era el sentir de los antiguos escritores cristianos: «Jesús, dijo esto, severamente, censurándole, demostrando que su caída fué más grande que la de los demás y necesitaba mayor ayuda, pues él había sido culpable de dos faltas: había contradicho al Maestro cuando Él dijo que todos serían escandalizados, diciendo: «aunque todos se escandalizaren yo jamás lo seré»; y en segundo lugar, porque se colo-

có a sí mismo por encima de los demás. Así, pues, para sanar estos males nuestro Señor le permitió caer y de consiguiente haciendo a un lado a los otros se dirige a Él: Simón, Simón, Satanás te desea tener para zarandearte como a trigo, pero yo he orado para que tu fe no falte. Porque si Satanás hubiera querido tenerlos a todos, no dice nuestro Señor: «Yo he orado por todos vosotros». ¿No es muy claramente por la razón de darle una reprensión a él para demostrarle que su caída fué peor que la de los demás? (Hom. 82, VIII, 755.)

Si esta interpretación de Crisóstomo es la real o no, no es el caso ahora, lo importante es que en ellas los primitivos padres de la Iglesia, no veían ni por asomo, un vicario Universal de Cristo, mucho menos verían un sucesor indefinido de Él.

La clave de todo este asunto de la sucesión apostólica la constituye sin duda la existencia de antiguas listas de obispos de Roma, en las que la Iglesia se ha basado para proclamar que efectivamente, hubieron sucesores de Pedro. La consideración de estas listas, sin embargo, dejan muchos asuntos importantes sin resolver, como por ejemplo: la significación y alcance del término «Obispo», sus atributos, su jurisdicción, su jerarquía,

su influencia en otras iglesias, su conexión con otras ciudades importantes, etc., etc.

Existe mucha evidencia para sostener que la primitiva significación de la palabra «Obispo» era sinónima de la palabra «anciano o pastor» responsable de la dirección de las cosas espirituales de la iglesia local. El concepto del episcopado no aparece sino en el segundo siglo; antes de eso, un obispo era un presbítero (anciano) de la iglesia, y en muchos casos la dirección de una iglesia estaba a cargo de varios ancianos u obispos. El teólogo alemán Juan José Ignacio Dolligen, uno de los católicos de Alemania más capaces y sinceros (1799-1890), también lo entiende así, cuando dice en su «Iglesia Primitiva» II, pág. 130: «El oficio que después fué titulado episcopal no estaba definido todavía. El episcopado dormía en el apostolado. Fué ésa la última rama del tronco apostólico.» Este gran defensor de las tradiciones católicas niega que Pedro haya sido obispo de Roma por 25 años. Dice así: «La declaración de que Pedro haya estado en posesión del episcopado por veinticinco años, pertenece a la lista de obispos «Liberiana». Declaración que fué muy criticada. Esto no quiere decir que Pedro fué obispo de Roma durante veinticinco años, como después se interpretó erróneamente, sino que desde la Ascen-

sión del Señor, hasta su muerte (de Pedro) transcurriron 25 años en los cuales Pedro estuvo en posesión del Episcopado, es decir, de su dignidad en la iglesia. (First Age, II, pág. 149.)

«Pero según este punto de vista, el mismo derecho le asistía a Pablo de ser tenido por obispo, de las iglesias que gozaban de su influencia y cuidado. Si llamamos obispo a un apóstol que ejerce un poder episcopal, tenemos que admitir que en los tiempos apostólicos un obispo podía tener varias sedes y una sede varios obispos.» (Inf. Ig. 381.) Por ello se infiere que la significación del término «Obispo» ha sufrido un claro proceso de desarrollo. Primeramente significaba un anciano, que casi siempre dirigía los asuntos espirituales de una iglesia juntamente con otros de igual categoría, que llevaban el mismo nombre. Durante el siglo II significaba una jurisdicción absoluta sobre una sola iglesia, desapareciendo el obispado colegiado. Más tarde, a partir de los siglos IV y V, se comienza a considerar al obispo de Roma como teniendo autoridad sobre las demás iglesias.

El historiador católico contemporáneo, Boulenger, antes citado, reconoce la fuerza de este hecho cuando dice: En los primeros tres siglos del cristianismo los obispos de Roma, *rara vez pudieron manifestar su primacía,* a causa de las persecu-

ciones y constantes peligros a que estaban expuestos. Por otra parte *tampoco tenían entonces los poderes que tuvieron más tarde.*» (Hist. Igls. Edit. Litúrgica, pág. 115.)

Estas manifestaciones ponen llanamente de manifiesto las progresivas desviaciones del término, desviación que es reconocida y admitida por todos los historiadores. No resulta sino correcto afirmar que en los primeros documentos de crédito, el término obispo, no significaba ni lejanamente lo que significa en el día de hoy. Es un grave error estudiar la historia de la iglesia del primer y segundo siglo, sin hacer una bien marcada diferenciación en la significación que los términos han llegado a tener con el correr del tiempo.

El primer relato que existe sobre la sucesión de los obispos romanos, data del año 180 y fué su autor Ireneo. En ella se dice que el establecimiento de la Iglesia de Roma se debe a Pablo y a Pedro. «Los Bienaventurados apóstoles habiendo fundado y edificado la iglesia, encomendaron el oficio episcopal a Lino.» Este Lino es el mismo que el apóstol Pablo nombra en la carta a Timoteo. Sigue Ireneo diciendo: «A Él siguió Anacletus y a este siguió Clemente.» Se hace de esta forma a Lino el primer obispo y su nombramiento es tanto obra de San Pablo como de San Pedro.

Relacionado con la lista de obispos romanos y siempre para probar la pretensión de la sucesión apostólica, aparece a fines del segundo siglo o principio del tercero, lo que se llamó las Romanzas Clementinas.» En ella se encuentra una presunta carta de Clemente de Roma a Santiago, anciano de Jerusalem, relatando cómo el apóstol Pedro le había ordenado para el ministerio y le había colocado en la propia sede de Roma. Aun cuando la parte doctrinal de la Clementina, fué rechazado por la Iglesia como «Herética» la parte histórica de la carta de Clemente a Santiago fué creída muy fácilmente. En particular esta narración de la carta de Clemente a Santiago fué tenida por honrosa para la Iglesia de Roma; en seguida fué adoptada y ha sido desde entonces la versión oficial romana del asunto. Pero ¿no resulta por demás aventurado fundamentar una doctrina de tal magnitud en un falso escrito, rechazado abiertamente por los mismos Católicos? ¿Por qué aceptar la parte histórica de un escrito fraudulento cuando no se vacila en rechazar la parte doctrinal?

La adopción de este relato pseudo-clementino, produjo perplejidad en la cronología de los obispos de Roma. Según la lista de Ireneo, Clemente figuraba como el tercer obispo Romano después de los apóstoles y esto se confirma por la evidencia

interna de la epístola de Clemente a los Corientios, la cual se tiene por escrita en el año 97 A. D. Se vió que si la ordenación de Clemente por Pedro, no se llevaba más atrás, es decir, algunos años más temprano, entonces el hecho resultaba imposible cronológicamente. Para salvar esta laguna, se ha colocado a Clemente en el segundo lugar y entonces Anacletus se relega al tercer lugar. Esto empeoró todavía el asunto, porque entonces la lista de Ireneo, que era tenida por la más correcta y digna de confianza, se vió desmentida por la clementina.

El orden de los obispos posterior a Clemente, no resulta de interés para el caso que tratamos, como tampoco el hecho de saber que existen infinidad de listas de obispos, muchas de las cuales, carecen en absoluto de todo valor histórico, por el hecho de haber sido confeccionadas con fines de provecho personal.

Si se puede establecer por la lista de Ireneo, que es la más antigua, prescindiendo de las Clementinas por su carácter fraudulento, la falta de fundamento de la doctrina de la sucesión apostólica, no resultan de valor alguno los documentos posteriores. La iglesia católica ha resultado ser maestra de veras en el arte de buscar evidencias histórcas para sus doctrinas y afirmaciones. He aquí

la frase de Ireneo de la que la Iglesia se ha servido en gran parte para levantar todo el edificio de la sucesión apostólica. «Los bienaventurados apóstoles, habiendo fundado y edificado la Iglesia (de Roma), encomendaron el oficio episcopal a Lino. A él siguió Anacletus, y después siguió Clemente.»

Tal vez convendría, como en las ecuaciones, separar los miembros, a fin de llegar más fácilmente a un resultado.

1. *Ireneo afirma que tanto Pedro como Pablo fundaron y edificaron la Iglesia de Roma.*

No es posible volver a insistir sobre un hecho que ya fué extensamente tratado en un capítulo aparte. Lucas y las Epístolas de Pablo, nos han dado la respuesta a este asunto.

2. *Ireneo afirma que tanto Pedro como Pablo encomendaron a Lino el oficio episcopal.*

Los amantes de la verdad — histórica y doctrinal — damos gracias a Dios por esta corta afirmación de Ireneo. Por si sola ataca el obispado y vicariato universal de Pedro y su trasmisión milagrosa de poderes y autoridad a sus sucesores. En

efecto, según este serio escritor primitivo, no es Pedro solamente que encomienda al ministerio a Lino, sino que este privilegio le corresponde también y en igual medida a Pablo. Propiamente hablando debiera entonces decirse, que Lino fué el sucesor de Pedro y Pablo, y que desde Lino hasta nuestros tiempos todos los papas se han sentado en la silla pontificia de San Pedro y San Pablo. Lo cual sería una herejía para la Iglesia Católica. Pero esa es la verdad que se infiere de lo que dice Ireneo.

En cuanto al término «ordenar» o «encomendar» merece alguna palabra de aclaración. No hay nada extraño en que los apóstoles hayan encomendado a Lino la dirección de la iglesia de Roma. Lo extraño es que siendo esta una costumbre apostólica no se haya pretendido que todos aquellos a quienes Pedro y Pablo encomendaron obispos en sus muchos viajes misioneros no se hayan apropiado para si el derecho de ser obispos universales de la iglesia universal. Se sabe que Timoteo fué el primer obispo ordenado en Éfeso, y que Tito lo fué de Creta. Sin embargo ni Timoteo ni Tito, personajes más importantes que Lino, pretendieron recibir en el acto de su ordenación, poder alguno para llamarse a sí mismo obispos universales, ni dejaron sucesores con el rango de

Vicarios de Cristo, aun cuando creemos que en el acto de su ordenación estuvieron presentes algunos apóstoles o al menos lo hicieron bajo su influencia directa. Estos mismos siervos de Dios, tenían orden expresa de Pablo, para suplir de ancianos u obispos, a las iglesias que carecían de ellos. De forma que la palabra «encomendar» es usada por Ireneo, no para designar que Lino fué objeto de una ceremonia especial y pomposamente ornamentada, en la que se le hacía la Cabeza de la Cristiandad, sino que el historiador tiene en cuenta la sencilla y corriente ceremonia de la imposición de las manos, que ni otorgaba poderes extraordinarios ni mucho menos le participaba del derecho de trasmtirlos a los demás.

3. *Ireneo afirma simplemente «que a Lino le sucedió Anacleto, y a éste, Clemente».*

Sin mencionar para nada que incluía con ello la dirección de toda la cristiandad Oriental y Occidental. En realidad se necesita mucho trabajo y un criterio ya dispuesto, para hacer a Ireneo, un cómplice de la historieta de la sucesión apostólica, mediante la cita de este antiguo escrito suyo. Se ve, pues, que esta primera lista de obispos romanos, resulta terminantemente contraria a toda

posible mala interpretación. Para Ireneo, como hstoriador imparcial y objetivo de los hechos, no existía la tal doctrina de que «el episcopado dormía en el apostolado.» No es posible leer los nombres de Lino, Anacleto y Clemente y asociarlos inmediatamente a la cuestión de la sucesión Apostólica y el vicariato, con visos de futura infalibilidad de los obispos de Roma. Ni Ireneo, ni ningunò que ponga en la interpretación de los hechos de la historia una modesta dosis de subjetividad, podrá colegir de esta lista del historiador antiguo, nada más que un esfuerzo honesto por hacer conocer los nombres de los tres primeros obispos o ancianos que dirigían la Iglesa de Roma, después de la muerte de los Apóstoles.

Entre los tres impugnadores más elocuentes de la doctrina del «Sucesorado» de Pedro, se encuentran los siguientes:

1. La clara enseñanza del Nuevo Testamento, cuyas iglesias eran organismos que funcionaban independientemente de toda jerarquía centralizada, sin dar cuenta de sus hechos sino a la Invisible Cabeza que era el Jesucristo Resucitado y triunfante.

2. La tradición postapostólica y la genuinamente cristiana hasta el siglo III, estaba lejos de reconocer al Obispo Romano como el sucesor de

San Pedro, Vicario de Cristo y Unica cabeza visible de la Iglesia Universal.

3. El juicio de la Historia es sin duda el mayor impugnador de la teoría de la sucesión apostólica. Ha demostrado ser, no sólo de poco valor para el desenvolvimiento teológico y ético del cristianismo, sino que en la mayoría de las ocasiones — y esto es fácil de documentar — la ambición por la silla papal, ha dado origen a hechos vergonzosos, de forma que cuando por setenta años el papado Romano estuvo en su Cautiverio Babilónico de Avignon, el mundo cristiano no sintió nostalgias por su vuelta. Más aún, cuando un fraile agustino, llamado Lutero, decidió separarse de la Cabeza de la Iglesia y Vicario único de Cristo, entonces se sintió renacer en todo el mundo cristiano la esperanza de volver a ver días de gloria y de triunfos, de pureza y de sencillez, de culto en espíritu y de vigor espiritual, para la iglesia, que prefería entonces, y prefiere ahora, un Cristo sin Vicario, y un Pedro sin sucesor.

CAPÍTULO VI

MUERTE Y TUMBA DE SAN PEDRO

De toda la historia que alrededor de Pedro, se ha formado hay tal vez un solo hecho que se pueda dar por histórico y concederlo como tal a la Iglesia Católica: ese hecho es, el martirio de Pedro en Roma. Tal concesión no da al catolicismo ninguna ventaja que le permita sacar conclusiones al margen de la historia. Aun cuando la veracidad del hecho, no pasa de ser un dato más de los muchos con que la Iglesia cristiana cuenta para su glorioso martirologio, conviene ir hasta las posibles fuentes del hecho en donde no sería difícil encontrar tal posibilidad.

¿Afecta a la constitución, doctrina, disciplina y fundamento de la Iglesia de Cristo, la admisión

del hecho que Pedro haya sufrido el martirio en Roma? No fueron mártires también Pablo, Jacobo (hermano de Juan) y otros muchos cuyos nombres sólo Dios conoce, sin que por parte de nadie haya habido la menor tentativa de explotar el hecho para fines posteriores? No hubo dificultad alguna en la primitiva Iglesia de aceptar unánimemente, el hecho de que Pedro había sufrido la muerte en Roma, porque se estaba muy lejos entonces de imaginar que con ello se llegaría algún día al tope de conjeturas alrededor del Apóstol. Ellos lo aceptaban, como aceptaban que Jacobo, había sido muerto por Herodes, como aceptaban que Esteban había sido apedreado, que Juan había sufrido el destierro en Patmos, y que el apóstol Pablo había sido decapitado. Nosotros como Evangélicos, no debemos dejar de reconocer la posibilidad de martiro de Pedro en Roma, aun cuando las páginas del Nuevo Testamento no dan ninguna luz sobre el asunto. Pero, no hay que olvidar que el Nuevo Testamento deja a los apóstoles Pablo y Pedro, con bastante margen de tiempo como para que haya tenido lugar el martirio, según lo relata la tradición.

Es con ese sentimiento que hemos de entrar en el terreno de lo posible, valiéndonos para ello, de las dos únicas fuentes con que se cuenta:

1. *Una profecía de Jesús respecto a Pedro.*

Ella está consignada en el Evangelio de Juan, cap. 21 y vers. 18: «En verdad, en verdad, te digo (a Pedro): cuando eras más mozo te ceñías e ibas donde querías; mas cuando fueres viejo, te ceñirá otro y te llevará donde no quieras.» El Evangelista añade: «esto dijo Jesús, dando a entender con que muerte había de glorificar a Dios.»

Claramente se ve que este versículo expresa una profecía tocante al fin de la vida del apóstol Pedro. No tuviera ningún sentido aparte de eso. El Señor le está hablando de un tiempo cuando «otros le tomarán, le ceñirán y le llevarán donde no quiera ir.» La aclaración del Evangelista de que Jesús se refería a la forma en que muriendo glorificaría a Dios, nos lleva a considerar la posibilidad de dos hechos:

a) Que la muerte de Pedro acontecería de manera abrupta, es decir, no natural. «Otros te tomarán, te ceñirán y te llevarán...» Tertuliano, Orígenes y Eusebio, y casi todos los testimonios antiguos, como también todos los modernos, entienden por ese versículo que se trata del suplicio a que el apóstol iba a ser sometido. En donde no existe tanta unanimidad en la determinación exacta de ese suplicio. Parece ser que desde la pri-

mitiva iglesia hasta la gran mayoría de ls intérpretes modernos ha entendido las palabras «extenderás tus manos» como refiriéndose a una alusión explícita del suplicio de la cruz. «Otros exégetas entre ellos Godet, Waiss, Luthart, Mayer, y otros, piensan que las palabras «extenderás tus manos», no pueden significar la actitud del hombre que se deja clavar sobre la cruz, pues preceden a las que describen al apóstol cogido y condenado. Significan simplemente «pasividad» o mansedumbre que no opone al suplicio resistencia alguna. (Sch. y Bon. Com.)

Pero sea que especifiquen o no la clase de martirio a que Pedro iba a ser condenado, una cosa es indiscutible: que Jesús aquí profetiza el martirio del apóstol.

b) Todo parece indicar que el apóstol Juan sabía que Pedro había sufrido el martirio. Si, como se cree generalmente, Juan escribió su Evangelio por los años 96-98, entonces hacía aproximadamente 30 años que Pedro habría sufrido la muerte. Si la muerte de Pedro hubiese ocurrido de otra manera que por martirio, el apóstol Juan habría cometido una inexactitud al decir: «Esto dijo (Jesús) dando a entender con que muerte (Pedro) habría de glorificar a Dios.» Cap. 21-18. No es nada arriesgado pues, afirmar que el Evangelista

conocía la historia del suplicio de Pedro, de forma que las palabras proféticas de Jesús, hallaron su cumplimiento y Juan lo hace constar en la aclaración que hace a las palabras de Jesús. Sólo admitiendo el suplicio de Pedro, se entiende el sentido de estas palabras del Señor.

2. *La más temprana historia de la Iglesia acepta el hecho sin reservas.*

A fines del segundo y principios del tercer siglo, una serie de escritores de toda la cristiandad, unánimemente hablan de este hecho, como de algo que estaba en la conciencia de todos y se valen de él para rebatir las herejías y cimentar la fe. Las primeras tradiciones sobre este asunto datan del siglo II. Se citan a continuación algunos de los más antiguos testimonios escritos sobre el asunto.

En el primer escrito no inspirado que se conoce, *La Epístola de Clemente a los Corintios,* escrita según se cree en el año 97 A. D., se hace una mención del martirio de Pedro, juntamente con el de Pablo, aun cuando no se dice claramente dónde tuvo lugar.

Caius (Cayo), el presbítero romano (198-217), escribe contra el hereje Proclo estas palabras: «Yo puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles: por-

que si vas al Vaticano o a la Vía Ostiense, hallarás los trofeos de los que fundaron esta Iglesia.» Por este párrafo de Cayo se ve que en el siglo II el martirio de Pablo y Pedro en Roma era creído por los cristianos. Se cree que «trofeos» indica los restos de los apóstoles; y «Vaticano» y «Vía Ostiense», el lugar donde sufrieron el martirio. Sin embargo, la falta de exactitud en estas palabras de Cayo han dado alguna preocupación a los intérpretes de este pasaje.

Dionisio, que fué obispo de la iglesia de Corinto (166-175), escribió a los romanos estas palabras: «Pedro y Pablo, habiendo ido ambos a Italia y habiéndonos escrito como a nosotros, sufrieron el martiro al mismo tiempo.» En este caso Dionisio no da lugar ni fecha exacta. Sólo se limita a manifestar una creencia arraigada en Corinto en el siglo II. A principios del siglo III, Orígenes de Alejandría (185-254) escribe entre otras cosas: «Pedro, habiendo venido a Roma, fué crucificado, y por cierto cabeza abajo, como él lo había pedido.» (Eusebio Hist. Ecles., 3, 1.) En este caso Orígenes aporta al hecho dos datos: *a*) El suplicio, es decir, la muerte de Cruz. *b*) Además, por elección del apóstol, la posición de cabeza abajo. De dónde Orígenes sacó esta versión es difícil saberlo; pero es probable que él haya recogido alguna ver-

sión, que la tradición había conservado. Todo es conjeturación, desde luego, ya que no debemos olvidar que la tradición es unas veces cierta; otras, probable, y otras, incierta.

Tertuliano, en su *Tratado sobre la prescripción de los herejes,* dice: «Cuán feliz es la Iglesia de Roma, pues en ella los apóstoles derramaron, con su sangre ,toda su doctrina. Donde Pedro es asemejado en la pasión al Señor, y donde Pablo es coronado con la muerte de Juan el Bautista.» (32-36.) En este caso Tertuliano hace referencia al martirio de Pedro, como habiendo sido llevado a cabo «como su Señor», es decir, sobre una Cruz.

En cuanto a la fecha, Eusebio coloca el martirio de Pedro como habiendo ocurrido al fin de la persecución de Nerón, es decir, en el año 67 ó 68. Jerónimo (321-425), sin embargo, da otro dato, especificando que fué en el año 14 de Nerón, es decir, en el 67.

El *Liber Pontificalis,* es decir, una relación de los Papas, y su historia desde Pedro hasta el siglo x, y por lo tanto uno de los archivos más autoritativos de la Iglesia Católica, agrupa los hechos de la siguiente manera: «Fué sepultado en la Vía Aurelia, junto al templo de Apolo, cerca del sitio donde fué crucificado, junto al palacio de Nerón, en el Vaticano, junto al territorio triunfal.» Sin

embargo, una tradición más antigua y tenida por verídica por mucho tiempo, traslada la sepultura de Pedro al monte Janículo, una de las siete colinas de Roma, situado a la orilla izquierda del Tíber. No hay duda que de todo esto, especialmente de lo menos antiguo y serio, se hace necesario podar muchas ramas que han crecido al amparo de un tronco o verdad central. Ese tronco o verdad que parece tener raíz en la tradición seria y honesta, es que realmente el apóstol Pedro sufrió el martirio en Roma bajo la persecución de Nerón en el año 67. Lo demás parece no tener fundamento suficiente, pues fué elaborado después del siglo IV.

3. Habría otro argumento de no poco peso, que probaría la muerte de Pedro en Roma. *La falta de competidores reclamando el mismo derecho.* ¿Cuál es la razón porque no se hayan levantado competidores de la ciudad de Roma, para el privilegio del martirio de Pedro? Si no murió en Roma, ¿dónde murió? ¿Qué ciudad aparte de Roma ha reclamado jamás el derecho de poseer los detalles de su muerte y el lugar de su sepultura? Ni Antioquía, ni Éfeso, ni Babilonia, ni Jerusalem, ni Corinto, ninguna otra ciudad importante, ha levantado su voz en protesta contra la pretensión

de la iglesia de Roma, por el hecho de poseer lo que Cayo llamó «el trofeo de los apóstoles». Si bien este hecho prueba que realmente Pedro murió en Roma, es también una demostración, por la carencia de disputa, que la iglesia primitiva, no concedía grande importancia al asunto. Y eso era así, porque no lo creyó digno de una controversia. Para las iglesias importantes de los primeros siglos, el hecho no valía una larga disputa o controversia. Nadie ignora que la Iglesia Católica está llena de ejemplos en los que si alguna prerrogativa era estimada de valor en algún sentido, por parte de alguna iglesia, inmediatamente aparecía algún competidor reclamando sus derechos.

La lucha entre Roma y Constantinopla por el privilegio de ser la capital del mundo cristiano, fué una de las principales causas del cisma entre Occidente y Oriente, ocurrido en el siglo XI. En esa ocasión Constantinopla se opuso enérgicamente a Roma, porque Roma quería constituirse a sí misma en asiento de la Cristiandad, y el Papa, como el Jefe Supremo de la Iglesia. Constantinopla creía tener derecho como Roma, de tales pretensiones, y no titubeó en separarse rompiendo todo vínculo con Roma y con el Papa.

Pero en el caso de la muerte y tumba de Pedro, nadie ha levantado una palabra de protesta

o de competencia contra Roma. Hay razones para creer que en este caso la tradición es digna de crédito, más aun cuando que existe una clara profecía de Jesús en la que establece el martirio de Pedro. «Si esta evidencia del martirio del apóstol Pedro en Roma no fuera tenida por suficiente, hay pocas cosas en la historia de la primitiva iglesia que sería posible demostrar.» (Inf. Ig., p. 372.)

De lo expuesto brevemente en este capítulo se desprende como cosa cierta y refrendada por un texto de la Escritura y la más temprana tradición, que Pedro sufrió el martirio en Roma, bajo la persecución de Nerón en el año 67, es decir, en el 14 de reinado, según Orígenes.

Pero nos apresuramos con el mismo espíritu de investigación a firmar que hay otras muchas cosas que ni el pasaje bíblico aludido, ni la tradición seria, afirman en modo alguno.

a) Se desconoce el día exacto — y se duda del año — en que tuvo lugar el martirio del apóstol Pedro. En los primitivos testimonios y escritos, se está muy lejos de aventurarse a establecer el día en que tuvo lugar el martirio de Pablo y Pedro. Toda fecha dada por la Iglesia Católica como conmerativa del evento, no sólo no tiene fundamento, sino que cuenta con muchas probabilidades de error. Aun cuando el Cardenal Wiseman pa-

rece insinuar en su novela *Fabiola* que en la primitiva iglesia se llevaban archivos con la lista de los mártires y fecha de su martirio, no existen pruebas terminantes del asunto. Había que depender en todo caso de la tradición oral, y ésta en muchísimos casos, era deformada según fuese el interesado en conservarla No hay, pues, tal fecha exacta del martirio del apóstol, y la fecha que hoy se conmemora el hecho es francamente de reciente sanción.

b) Se desconoce también el lugar exacto en que Pedro sufrió la muerte. Todos los testimonios coinciden en que fué en Roma. Eso era lo que sabían los escritores de la Iglesia primitiva. ¿En qué lugar de Roma ejecutaron a Pedro? No sería difícil que el apóstol cuando fué a Roma fijase su residencia en el barrio judío de la ciudad, y allí tuviese su ministerio a los de la «circuncisión». La costumbre romana era de llevar los reos que iban a ser ajusticiados a las afueras de la ciudad, o bien, cuando el número de los reos no era muy elevado, lo hacían en las arenas del circo romano. En la persecución de Nerón, y por el carácter de ella, se puede comprender fácilmente que resultaría imposible que todos los cristianos hayan sido llevados al circo. Por otra parte, la historia profana afirma que los cuerpos de los cristianos su-

jetos a postes fueron untados con brea y luego incendiados, de forma que su resplandor parecía iluminar toda la ciudad de Roma. ¿Cuál de todos ellos era Pedro? Desde que no existe ninguna evidencia de testigo ocular del hecho, lo más lógico para suponer es que las autoridades romanas encargadas de llevar a cabo la matanza de cristianos, no tuvieron ninguna razón especial para hacer diferencia entre el lugar del martirio de unos y de otros. Eran como lobos hambrientos que devoraban sin piedad a todos los que encontraban. Se puede admitir, sin embargo, que los romanos hayan tenido cierta consideración para con sus conciudadanos, pero tratándose de judíos como Pedro, se puede bien establecer que no había razón para consideración alguna. Así, pues, la furia de la persecución, el carácter de represalias que tenía, la cantidad de mártires cristianos que produjo, el hecho de que Pedro fuese judío, el silencio absoluto de toda la tradición más seria y honesta, confirma la creencia sostenida por todos los Evangélicos del mundo, de que resulta imposible establecer el exacto lugar donde se llevó a cabo el suplicio de Pedro.

c) Si ello es así, ¿dónde se puede ubicar el lugar exacto donde el apóstol fué sepultado? Ya se ha visto cómo la tradición, en su afán de salvar

este obstáculo, conjeturó sobre algunos posibles lugares. Algunos le ubicaron en algún lugar del barrio judío al otro lado del Tíber. Otros daban como lugar de su muerte y sepultura el monte Janículo, una de las siete colinas de Roma, y otros en el Vaticano. Cada uno de estos lugares son otros tantos pasos en el proceso que ha culminado con la afirmación reciente de que su tumba está justamente debajo del altar mayor de la Basílica de San Pedro en el Vaticano.

Hubo un tiempo en que conocer dónde estaban descansando los restos de Pedro carecía de toda importancia. Este período era durante el primer y principios del segundo siglo. Para aquellos cristianos primitivos de ese tiempo era indiferente el sitio donde estaban descansando sus huesos, porque resultaba de más importancia estudiar el contenido de sus epístolas. Pedro era en esos días un apóstol como los demás, y así como no se hacía hincapié por conocer dónde dormían los restos de Pablo, tampoco importaba mucho saber dónde estaban enterrados los de Pedro. Se le suponía enterrado en algún lugar de Roma, porque era más corriente regocijarse en la esperanza de la resurrección de los muertos, que en la existencia de los restos mortales de los apóstoles.

Pero hubo en seguida un tiempo en que se hizo

necesario traer la tumba de Pedro desde «algún lugar de la gran Roma» a un seguro lugar, cerca de la principal iglesia existente en Roma, a fin de que cayesen dentro de ciertas prerrogativas nacientes en Roma. Cayo, a fin del II siglo, afirma que en el Vaticano, sin especificar el lugar exacto, descansan los restos de Pedro. Así Pedro es ya traído en la parte más céntrica e influyente del Imperio romano, donde se levantaba el gran palacio del emperador de Roma. El tono con que Cayo trata de convencer a Proclo es por demás significativo. Parece gloriarse más en el hecho de los trofeos existentes de los apóstoles, como piezas de museo de alto valor, que en sus vidas llenas de tantos ejemplos de inspiración y consagración o en su doctrina. Desde Cayo hasta nuestros días, ése ha sido uno de los principales argumentos de la superioridad romana sobre toda otra ciudad cristiana. Hace veinte siglos que la humanidad está oyendo: «Puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles, por lo tanto, a nosotros nos corresponde el privilegio de toda la guía y dirección de la cristiandad universal.» Desde el II siglo en adelante la tumba de Pedro forzosamente debía estar localizada en Roma, y más específicamente en el Vaticano. Si se ha conservado la exactitud y la historicidad del asunto o no, era cosa que no

importaba mucho a Cayo, ni ha importado mucho a la Iglesia de Roma de todos los tiempos.

Desde fines de la Edad Media, la Iglesia necesitaba otro dato: necesitaba que la tumba de Pedro estuviese no sólo en algún lugar de Roma, no sólo en algún lugar del Vaticano, sino que era menester, para culminar bien el hecho, que estuviese donde hoy se levanta la Basílica de San Pedro en Roma. Pero no tampoco en cualquier lugar de la Basílica, se hacía imprescindible que ese lugar fuese debajo mismo del Altar Mayor. Parece que por fin después de tantos años se llegó al resultado deseado y, gracias a las investigaciones realizadas, Pío XII, ha anunciado «que la cristiandad puede gozarse en la seguridad del hecho». Esto y el haberse descubierto exactamente horas antes de terminar el Año Santo, es obra de la Providencia, según palabras del Jerarca romano.

Ya no nos extraña este «descubrimiento». Estamos seguros que detrás de éste vendrán otros y luego otros y otros más. Ahora la Iglesia tiene lo que deseaba: los presuntos huesos de Pedro están justamente donde la Iglesia quiere que estén. Pero, ¿y la historia, no cuenta para nada?

El notable científico inglés Huxley ha dicho con motivo de la proclamación del dogma de la Asunción de María: «Es una inmoralidad intelectual.»

Creemos que también lo es el hallazgo providencial de los huesos y tumba de Pedro bajo el Altar Mayor de la Basílica que lleva su nombre en el Vaticano. Es un atentado contra la historia y la tradición, y por lo tanto «una inmoralidad intelectual».

El beneficio que la Iglesia de Roma recibirá por tal descubrimiento es fácil de imaginar; con todo, es serio el hecho de que contrae para con la historia, la tradición y la Escritura, una gran deuda, que agregada a las ya existentes, será muy difícil de saldar.

CONCLUSIÓN

Gracias a Dios que la estabilidad, firmeza, futuro y triunfo final de la Iglesia de Cristo está lejos de depender sobre la localización de piezas de museo eclesiástico. La verdadera Iglesia, aquella que fué fundada por Cristo mismo, siendo Él la principal piedra angular, los apóstoles, los cimientos más antiguos y todos los cristianos piedras vivientes, no necesita para su existencia del oxígeno que puedan prestarle la tradición o las sagradas reliquias de sus forjadores principales. Ella depende de Aquel que se levantó de los muertos dejando tras de sí una tumba vacía, sus imborrables huellas sobre el polvo de este mundo, y una naciente Iglesia llena de luz, de amor, llena de paz, llena de espíritu, llena de fuerza tanta, «que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Es

que Jesús va delante de los suyos, y de su Iglesia, desde el mismo día en que encomendó a sus discípulos, que desde entonces fueron apóstoles: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.»

Tal Iglesia sobrevive a sus mejores hombres, a sus más llorados mártires y a sus más virtuosos santos. Tal Iglesia ha sobrevivido al mismo Pedro, cuya vida consagrada, predicación agresiva, espíritu de sacrificio y reconocida humildad, nada tienen que ver con el Obispado romano, con la Jerarquía Papal, con la sucesión apostólica y con su tumba en la Basílica del Vaticano.

ÍNDICE